

Un rey lleno de esplendor

La buena noticia de Jesús, el Mesías.

Hans-Jörg Ronsdorf

Un rey lleno de esplendor

La buena noticia de Jesús, el Mesías

Hans-Jörg Ronsdorf

2.ª edición ampliada, agosto de 2022 (edición alemana)

Ilustraciones: Friederike Zeschky

Texto: Hans-Jörg Ronsdorf – todos los derechos reservados

Albis 6½, 87477 Sulzberg

Correo electrónico de contacto: hj-ronsdorf@t-online.de

www.hans-joerg-ronsdorf.de

ISBN de la edición alemana 978-3-9826027-7-6

Corrección editorial: Gabriele Singer

Diseño de cubierta: Friederike Zeschky, Tobias Stricker

Traducciones bíblicas citadas (de la edición alemana):

Elberfelder, CSV

Das Buch, Roland Werner

Die Zürcher Bibel

Die Gute Nachricht

Neue Genfer Übersetzung

Somos cristianos de iglesias libres evangélicas, o evangélicos, como también se dice. El nombre no es importante para nosotros. Junto con muchas otras denominaciones, somos sencillamente cristianos que creen en Jesucristo e intentan seguirle.

El autor trabaja por cuenta propia en la técnica de pintura industrial. Nacido en 1964. Él y su esposa Christine tienen 5 hijos adultos. Le apasiona estudiar la Biblia. Y también lo que otros han elaborado sobre ella.

No somos cristianos especialmente buenos, pero tenemos un buen Rey. A él debe pertenecer lo mejor de nosotros. Con la Biblia tenemos la fuente fiable de lo que creemos.

Estamos en camino hacia una meta grandiosa junto con todos aquellos que adoran y sirven a Jesús como Hijo de Dios y Señor del mundo, como el Rey de reyes.

1 La buena noticia en 3 palabras

¿Pueden bastar tres palabras para resumir o expresar en pocas palabras lo más importante del mensaje cristiano o de la fe cristiana? Sí, tres palabras son el núcleo de la buena noticia. Pero también está claro que hay mucho más que decir al respecto. Aquí hay *tres palabras*, cada una de las cuales describe por sí sola ese núcleo. De antemano subrayo una vez más: esto es solo la punta del iceberg, pero, en efecto, la cumbre. Evangelio es el mensaje de Jesús. Del Crucificado, del Resucitado, del hombre coronado con poder y gloria en el trono de Dios. Resumido, el mensaje al mundo dice así:

¡Jesús es SEÑOR!
¡Jesús es Rey!
¡Jesús es el Mesías!

Así dice el evangelio, la buena noticia, las buenas nuevas. Quien habla del evangelio pondrá esto por delante como lo más importante. Estas tres palabras lo dicen todo. De ellas depende todo. Describen el punto de inflexión de la historia universal y el punto de cristalización de la historia de la salvación de Dios. Estas tres palabras confirman un cambio de frente y de poder: la victoria sobre los poderes de la muerte. Hay esperanza. Un buen futuro. Ahora hay respuestas. Muchas cosas aparecen bajo una luz nueva. *Que Jesús sea Señor lo cambia todo.* Siga leyendo – y déjese llevar por esta historia del verdadero Rey. La historia de Jesús y su glorioso final, esa es la buena noticia. Que alguien haya llegado a ser Señor sobre todos y sobre todo no tiene por qué ser automáticamente una buena noticia para todos. Pero puede serlo para cada uno. Porque para eso existe esta historia de Jesús. Y por eso es una buena noticia.

¿Por qué llamo rey a Jesucristo? Así lo llaman casi todos los escritores del Nuevo Testamento, e incluso ya los del Antiguo Testamento. A esto se añade: Cristo significa «*Ungido*». En la Antigüedad, también en el judaísmo, además de sacerdotes y profetas, eran sobre todo los reyes los que *eran ungidos como reyes* con aceite, así como nosotros hablamos de la coronación de un rey. Ser ungido significa ser escogido para un cargo especial.

Mesías significa lo mismo que Cristo. La primera palabra viene del hebreo, la segunda del griego. Así, este título y el nombre *Cristo* ponen siempre en el centro y exaltan también la realeza de Jesús. Como regente y soberano sobre todos y sobre todo, especialmente, claro está, para y sobre su pueblo, los que confiesan a Cristo. Para ellos, Jesús es el Señor. Y el Rey. Porque quien pertenece al reino de Dios, que al mismo tiempo es el reino de Cristo, solo puede tenerlo a él por rey.

Por cierto, en los textos sobre el Señor Jesucristo se reconoce a menudo el motivo del rey, incluso cuando no se le llama rey explícitamente. Más sobre esto en los capítulos siguientes.

La mayor pregunta de todos los tiempos es y sigue siendo: ¿Quién puede hacer frente a nuestras grandes preguntas y problemas – o ayudarnos a resolverlos? Y para cada uno personalmente: ¿En quién se puede confiar? ¿En quién podemos confiar como humanidad? – ¿para salvar a las personas y su hogar, nuestro planeta?

Los grandes de nuestro mundo y de nuestra historia, en quienes las personas confiaron, tenían a menudo algo en común: eran hombres de poder, intrigantes y corruptos, que pasaban por encima de cadáveres. Explotaban a la gente, la enviaban a guerras sin sentido. Vivían en el lujo mientras el pueblo pasaba hambre. Sería hermoso que los poderosos de hoy estuvieran curados de eso.

Existe un anhelo de pertenecer a alguien, de perdernos en uno, en cualquiera. De confiarse a otro sin reservas. Algunos lo sienten con fuerza, otros han perdido la esperanza de encontrar a alguien así. ¿Cómo responde Dios a nuestro anhelo? Dando al mundo a uno en quien uno puede y tiene permiso de perderse sin hundirse por ello.

Uno que no piensa en sí mismo, sino en nosotros. Un rey que merece ser rey. Que nos conoce a nosotros y nuestras necesidades y anhelos más profundos. Y que se ocupa de ellos. Uno que de verdad quiere y puede. Que conoce la condición humana y la ha vivido. Mi convicción, y la de muchos otros, es: ¡Este Uno es Jesús, el Cristo!

Le invito a conocer a este Rey único. Acompáñeme en un viaje de descubrimiento breve e intenso. Déjese llevar por ello durante unos momentos.

¡Qué alegría! ¡Sobre los montes llega presuroso el mensajero de la victoria! Trae alegres nuevas, anuncia la paz y la salvación, dice a la ciudad de Sion: «¡Tu Dios reina sobre toda la tierra!»

Isaías 52:7

Para leer y profundizar: Hechos 2:33-36; 3:13-20; 4:10-12; 13:37-39; 17:30-31; Daniel 2:44; Zacarías 9:9; 14:9; Mateo 27:11; Juan 18:37; Hebreos 7:1-3; Apocalipsis 1:5; 19:16; Éxodo 40:15; 1 Samuel 15:17; 16:3+12s; 2 Samuel 2:4+7; 5:3+17; 12:7; Salmo 89:20; 1 Reyes 1:34+39+45; 5:1; 1 Crónicas 11:3; 14:8; 29:22; Éxodo 28:41; 30:30; 40:15; Levítico 7:36; Números 3:3; Hebreos 2:14; 4:15; Proverbios 16:15.

2 ¿Necesitamos todavía hoy un rey?

Antes de entrar en el tema, primero algo importante: no soy partidario ni defensor de la monarquía. Para nuestro tiempo considero la democracia la forma de Estado preferible. Es la que mejor logra equilibrar las fuerzas políticas. Estoy agradecido de vivir en una. El riesgo de que un soberano absoluto, sea emperador, rey o presidente, abuse del poder es grande, según el modelo político. Los acontecimientos actuales lo muestran de la manera más dolorosa. Pero nunca habrá seguridad total allí donde las personas tienen poder e influencia. A este lado de la eternidad no existe una forma de gobierno perfecta. Mientras las personas no sean perfectas, seguirá siendo así. Y toda forma de gobierno puede ser, bajo la bendición de Dios, una bendición.

Aun así, voto por un rey que tenga todas las competencias, plena autoridad en todas las cuestiones y temas. *Pero solo si se puede confiar en él.* Si es seguro que no necesita ni dinero ni soldados. Un rey sin mentira ni engaño. Uno que sea «de limpio corazón». Sin motivos egoístas. Un rey competente, que ha nacido para este cargo. Un rey al que uno puede confiarse sin reservas. Alguien así necesitamos. De este Uno se tratará. Esa es la buena noticia. El evangelio del reino de Dios.

Sí, lo necesitamos a él, a este Uno. Como nuestro Rey, como nuestro Señor y Dios. Uno que nos llama hermanos y hermanas. Que también nos trata así.

A Jesús, el Señor, podemos hablarle directamente allí donde estemos en este momento. Este Rey escucha a todos, concede audiencia siempre y en todas partes. La Biblia llama oración a esta audiencia. Acercarse a su trono. Por la fe, como si fuera una realidad visible. El trono de este Rey está solo a un paso, solo a una oración de nosotros – un paso, y hablamos con el Rey. En voz alta, en voz baja, en pensamientos. En silencio, vacilantes, dudando. Llorando, gritando, susurrando. Él lo oye todo. ¡Invoquémosle pidiendo ayuda, perdón, libertad! Su mano está extendida – ¡tomémosla!

Con esto ya hemos adelantado mucho. Empecemos por el principio.

¡Que mis clamores lleguen hasta ti, Rey mío y Dios mío, porque solo a ti oraré!
Salmo 5:2

«¿Quién es este Rey de gloria? El SEÑOR de los ejércitos, él es el Rey de la gloria.»

Salmo 24:10

Para leer y profundizar: Juan 20:17; Mateo 19:28; Lucas 22:30; 2 Timoteo 2:12; Apocalipsis 5:10; 20:4; Romanos 5:2; Efesios 2:18; 3:12; Hebreos 4:16; Salmo 50:15.

3 De vuelta al principio: reyes en Edén

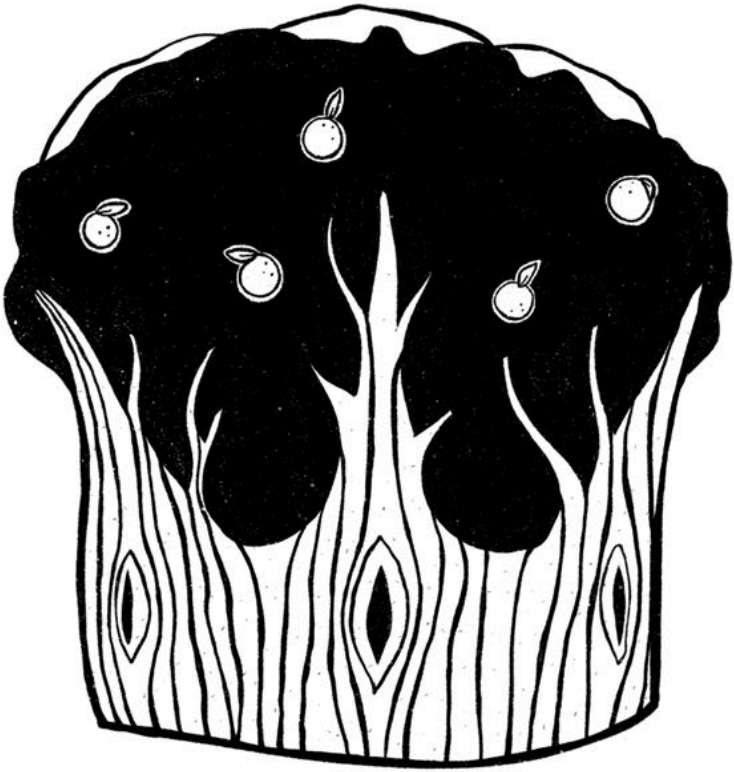
Dios quiere tenernos a los seres humanos como sus reyes. ¡Sí, ha leído bien! Cada ser humano, sin excepción, sea mujer u hombre, ha de ser una reina y un rey. Exactamente así empezó todo. Dios, el Rey del universo, creó al ser humano como hombre y mujer. Una pareja que, juntos, tenía dignidad real. Porque fueron creados como imagen de Dios. Eran los representantes de Dios. Con tareas reales. El huerto en Edén y toda la tierra eran su territorio de gobierno. Para estos dos, gobernar significaba cuidar, proteger y cultivar. No gobernar el uno sobre el otro ni dominar a otras personas, ni explotarlas a ellas o a la creación.

En el antiguo Oriente, en la época en que surgió el Génesis con el relato de la creación, esto era sensacional. Contracultural. Contra el espíritu de la época. El privilegio de ser hijos de los dioses lo tenían solo los reyes. Aquellos que habían llegado a serlo no democráticamente, sino por su propia cuenta. Los más fuertes, precisamente. Y que luego transmitían ese estatus en herencia. Todos los demás eran siervos y esclavos sin derechos humanos tal como los conocemos hoy.

El rey y la reina, Adán y Eva, tenían – en sentido figurado – un palacio, o un templo. El huerto de Edén es el regalo de Dios a los dos y estaba pensado para todos sus descendientes. Porque el paraíso debía extenderse por toda la tierra. Ser un buen hogar para todas las personas.

Sin duda, Dios es el Rey sobre todo. Como el Creador y Sustentador y Señor sobre todo. Como virreyes, la pareja humana era una imagen de su Creador. Gobernar con él y en su lugar, ese era el plan divino.

En el jardín del paraíso no faltaba nada. Había más que suficiente. Dios mismo venía de visita con regularidad. Tan solícitos como Dios mismo debían y podían ser también los seres humanos.



Una ruptura repentina puso fin a este idilio. Los virreyes ya no confían en su soberano ni le obedecen. Dudan de si su Creador quiere su bien. De si les niega algo bueno que les falta para ser felices.

Así toman algo que se les había mandado expresamente no tomar. Un mandamiento que marca la diferencia entre Creador y criatura. Comen el fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal. El mal solo se conoce cuando se ha hecho. Se cruza la línea, el conocimiento ganado se paga caro. A partir de ahora todo es distinto. Ya no son el paraíso y la presencia visible de Dios los que ofrecen protección y amparo, sino que comienza una lucha por la

existencia, una lucha constante por sobrevivir más allá del Edén. Ya nada es seguro. La naturaleza es dura, y las personas también se vuelven duras.

La dignidad real del ser humano permanece. Pero está dañada, la imagen de Dios está desfigurada, y tanto, que las personas empiezan a gobernar sobre otras personas y a hacerse con el poder por la fuerza. Se hacen reyes sobre otros. Sustituyen al Creador por ídolos. En la lucha por sobrevivir comienza la competencia. El más fuerte se impone. O sobrevive. La dignidad real es desfigurada por nosotros, los seres humanos. No pocas veces se parecen más a las fieras que al buen ideal de Dios.

Lo percibimos y a veces soñamos con algo que de algún modo sea como era al principio. Libre, lleno de amor. Y justo. Anhelamos ser aceptados y estar seguros. Realmente estamos creados para un mundo distinto de aquel en el que vivimos ahora y que, por nuestra causa, ha llegado a ser como es.

Dios, el Rey del universo, no sería Dios si se conformara con eso. Él está más descontento con ello que nosotros los seres humanos. No sería Dios si no buscara lo mejor para nosotros. Su corazón late por nosotros. No puede dejar de amarnos. Dios escribe *su* historia. La historia universal se convierte en la historia de la salvación de Dios. Usted y yo, todos nosotros formamos parte de ella o podemos llegar a formar parte.

Para leer y profundizar: Génesis 1-4; Salmo 8; Santiago 3:9; Romanos 5:12-21; 1 Timoteo 2:3-7

4 Un pueblo de reyes

Sin embargo: Dios estaba y está siempre ahí. También después de Edén y fuera de él. Pero ya no *como* en Edén. Oculto e invisible. Él es Espíritu. Está en todas partes. También hoy. Está ahí para el bien de nosotros los seres humanos. Aunque no lo veamos ni lo sintamos. Al fin y al cabo, él lo creó todo de la nada y lo mantiene unido y con vida. Aunque él es el Infinito, fuera de todo lo creado, es aquel en quien y por quien existimos. Somos su creación. Él lo sabe todo, cada detalle. No nos suelta.

Las personas empezaron entonces a invocar al Dios invisible, a orar. Este Dios, el Rey eterno, se ocupaba de su gente. Pero ellos, apenas de otro modo que hoy, seguían sus propios caminos. En la religión, la cultura, la vida familiar, la política. La dignidad real de ser imagen de Dios, tan solícitos como él, no es el lema de su vida. Solo para pocos lo es. Aunque una voz interior recuerda a cada ser humano cómo debería ser. También cómo no debería ser. La conciencia les fue dada a las personas para protegerse a sí mismas y a los demás.

Reyes como al principio solo podemos serlo *junto* con el Rey del universo. Cuando él forma parte de nuestra vida. Así fuimos hechos. Él quiere llenar el vacío que hay en nosotros lejos de Dios. Nosotros lo hemos llenado con todo lo que sustituye a Dios. Lo hemos cambiado por ídolos de los que creemos que pueden llenar el vacío. Aun así: Dios quiere tener una familia. ¡Una familia real!

Cuando Dios escribe historia, tenemos que mirar a la historia. Abraham fue un hito, un nuevo comienzo. Con él, la historia de Dios con sus seres humanos adquiere una nueva dimensión. Él será una bendición y tendrá muchos descendientes. Su hijo Isaac, después Jacob y sus doce hijos son los patriarcas del pueblo de Israel. En Egipto se convierten en esclavos. Surge un pequeño pueblo. Yahvé, el «Yo soy el que soy», los escoge como su pueblo. Un éxodo de liberación los saca de la esclavitud de Egipto y los lleva al desierto. Aquí Dios hace un pacto con ellos: se convierten en un pueblo de reyes y sacerdotes.

Un nuevo comienzo con todo un pueblo. Moisés es su rey, sacerdote y profeta, que los guía, que intercede por ellos ante Dios y que les comunica las palabras de Dios. La ley, los Diez Mandamientos, forman parte del pacto. Más tarde será solo el antiguo pacto. Como al principio, también ahora se produce una

ruptura. El pueblo de Dios se hace un dios visible, un becerro de oro. El idilio se rompe. La transgresión y el pecado en el pueblo de Dios exigen reparación y perdón. Se instituye un servicio de sacrificios.

Como reyes y sacerdotes y como nación escogida, eran modelo para los pueblos del mundo y, con ello, señal que indicaba el camino, o podían serlo. Eran ellos quienes servían al Dios Creador vivo, lo conocían y debían irradiar su ser y su realidad, mientras vivían como sacerdotes en su presencia como en otro tiempo Adán y Eva en Edén.

Su historia continúa, igual que la nuestra. Se establecen en la tierra de Canaán. Pasan años hasta que encuentran reposo.

Entonces, algún tiempo después, se dice: Cada uno hacía lo que bien le parecía. Porque no había rey en la tierra.

Y aun cuando uno es rey o tiene un rey y todo el pueblo se compone de reyes y sacerdotes, eso no es automáticamente como Dios lo pensó. Así como al principio la imagen de Dios sufre daño por el pecado, así también cuando los reyes y los sacerdotes pecan. Lo conocemos, cuando reyes y reinas no están a la altura de su papel y de su dignidad. Ser algo, tener un título, es una cosa. Es difícil con nosotros los seres humanos. En nosotros actúa una especie de fuerza de gravedad que se llama pecado. No solo estamos a su merced, a menudo somos sus cómplices. Necesitamos ayuda. Rescate y liberación.

Salmo 139; Hebreos 1:3; Hechos 17:27-29; Génesis 4:26; Salmo 10:16; 24:8; 29:10; Isaías 6:1; Génesis 12:2; Éxodo 12; 19:6; 20.

5 Un rey conforme al corazón de Dios

Diversos líderes de la historiografía bíblica tenían funciones casi reales. Como Abraham, Moisés, su sucesor Josué o el profeta Samuel. Pero con el ascenso de David llegamos al prototipo del rey humano. Y con ello se convierte también en modelo y antepasado del Rey venidero, que es el tema de este libro.

A pesar de sus debilidades y tropiezos, David es descrito como un hombre conforme al corazón de Dios. Se convierte en modelo del Mesías prometido. Al desvelarse esta visión profética, queda claro que el rey venidero no será simplemente otro hijo de David. Será un David mayor, sí, el Señor de David. Suena a un enigma sin solución. En el rey Jesús se resuelve este enigma.

Este nuevo David se convierte en la quintaesencia de la expectativa mesiánica. Es el símbolo del tiempo mesiánico de salvación, que trae liberación. Que volvería a unir en un solo reino el reino dividido de Israel, el del norte y el del sur, y haría revivir los días antiguos. Así eran las expectativas. Se cumpliría de manera algo distinta. No porque las predicciones fueran falsas, sino porque no se interpretaron correctamente.

David es un hombre conforme al corazón de Dios. Dios lo guardó en su corazón. No porque no tuviera faltas o incluso fuera sin pecado. Al contrario. En su vida muchas cosas salen mal. Se convierte en adúltero y asesino, es un padre pésimo. ¿Por qué tenía ante Dios una posición especial? El secreto: a pesar de todo, David anhelaba a Dios. ¡En medio de sus derrotas y de sus fracasos buscaba a Dios! Una y otra vez. Al final de su vida estaba quebrantado. Se sometió en todo a lo que Dios quería. Había pecado gravemente y tuvo que probar amargamente las consecuencias. Por frágil que fuera su vida, había experimentado la gracia y la bondad de Dios. Y podía apoyarse en un pacto, el pacto davídico, que garantizaba un reino eterno con un nuevo David.

¡La historia de David da ánimo a todos los fracasados! Y nosotros llegamos a formar parte de esta historia. El Mesías-Rey venidero hará saltar las fronteras de Israel. El reino venidero del Mesías llenará toda la tierra.

¿Quién será el que un día tendrá un reinado eterno sobre el trono de David? ¿Quién será él, el DAVIDUS REX, el rey davídico? ¿Y cuándo será?

1 Samuel 16:13; la historia de David se encuentra en 1 y 2 Samuel y en los libros de Crónicas. Mateo 22:42-45.

6 Esperando al rey: las profecías

Imagínese que usted perteneciera a una pequeña nación que tiene tras de sí una historia agitada y que está en medio de dificultades. Las Sagradas Escrituras de este pueblo guardan muchas promesas de que vendrá un rey. Uno insuperable, que tiene todo aquello con lo que se sueña, y más. Estas Escrituras, que surgieron y se reunieron a lo largo de un extenso período, hablan de ello una y otra vez. *La esperanza del pueblo de Israel es el Mesías.* La espera de este rey es el latido del corazón de una pequeña nación. La mantiene con vida. Una esperanza auténtica, viva.

Una cosa falta en la expectativa mesiánica: nadie puede decir con exactitud *cuándo* vendrá. Y nadie, *cómo* vendrá. A menudo se habla de poder y gloria. Pero también de sufrimiento, muerte y angustia. ¿Cómo se cumplirá? ¿Y pueden ambas cosas hacerse realidad a la vez? Los textos de la Biblia hebrea generaban expectativas diferentes. En eso no había acuerdo, pero sí en que él vendría.

En los días del nacimiento de Jesús, la expectativa mesiánica está al alcance de la mano. Para los pocos que son iniciados directamente, que ven al niño y a la madre, para ellos ha llegado un gran día.

Las expectativas vinculadas a este Mesías-Rey no podrían ser mayores. Israel, o lo que queda de él, forma parte del Imperio romano. No Jerusalén, sino Roma es la capital del mundo. El Mesías cambiaría eso y lo pondría todo patas arriba. Respondería a la cuestión del poder a favor de Israel.

¿Pero se podía contar todavía con un Mesías, con un verdadero rey de salvación? ¿Qué hablaba a favor? Las profecías, es decir, las predicciones, se habían cumplido varias veces en la historia de este pueblo. ¿Y ahora? Al fin y al cabo, se trataba del asunto más grande de todos. Y de nuevo se demostraría que Dios no puede mentir. Lo que promete, lo cumple.

Damos un gran salto hasta el centro de los días en que se cumple todo lo predicho.

Pero a ti, Belén Efrata, el Señor te dice: Aunque eres pequeña entre las ciudades de Judá, de ti me saldrá el que será Señor sobre mi pueblo Israel. Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.

Miqueas 5:2

Algunas profecías: Génesis 49:10; Números 24:17; Isaías 7:14; 9:7; 11:1; 40:3-5+11; 53; Jeremías 23:5-6; Miqueas 5:2; Oseas 11:1; Malaquías 3:1; Salmo 118:22; Zacarías 9:9; 12:10; 13:7; Salmo 2; 16:10; 30:3; 110:1 y muchas más.

7 El evangelio del emperador Augusto

La palabra evangelio suena cristiana. Pero no siempre lo ha sido. No es un invento de la Iglesia. Era una palabra corriente para una buena noticia de cualquier tipo o de cualquier contenido. Especialmente el culto imperial romano emplea este término como una buena noticia sobre el emperador, su nacimiento y sus atributos sobresalientes para bendición del imperio y de su gente. Así lo dice la famosa inscripción de Priene. Ha nacido el emperador Augusto. Este evangelio se difunde como buena nueva en el Imperio romano acerca del primer y más grande emperador romano de la historia:

> *«Este día ha dado a todo el mundo otro aspecto; el mundo habría estado condenado a la ruina si en el que ahora ha nacido no hubiera resplandecido para todos los hombres una dicha común. Juzga con razón quien reconoce en este cumpleaños el comienzo de la vida y de todas las fuerzas vitales para sí; por fin ha pasado el tiempo en que uno tenía que lamentar haber nacido. De ningún otro día recibe el individuo y la comunidad tanto bien como de este cumpleaños, igualmente dichoso para todos. La providencia, que gobierna todo en la vida, ha colmado a este hombre de tales dones para la salvación de los hombres, que nos lo ha enviado a nosotros y a las generaciones venideras como salvador; pondrá fin a toda contienda y lo configurará todo de manera gloriosa. En su aparición se han cumplido las esperanzas de los antepasados; no solo ha superado a todos los anteriores benefactores de la humanidad, sino que también es imposible que jamás venga uno mayor. El cumpleaños del dios ha traído al mundo las buenas nuevas [evangelios] vinculadas a él. A partir de su nacimiento debe comenzar un nuevo cómputo del tiempo.»*

Hay que tener presentes textos de este tipo si se quiere entender cómo un lector antiguo entendía el título de otra obra literaria: el Evangelio de Marcos se llama a sí mismo *evangelio*. Marcos pone a Jesús y su vida junto al emperador. Pone a los lectores y oyentes de su evangelio ante una elección.

Lo que debía valer para Augusto valía también para Jesús y su reino. No solo el término evangelio estaba marcado por el culto imperial. Lo mismo vale para el más importante de todos los títulos cristológicos, «SEÑOR» (en griego: *kyrios*), y finalmente también para el término «Hijo de Dios».

La expectativa mesiánica de los judíos ve venir a un soberano que supera a todos y a todo. Jesús de Nazaret es el cumplimiento de todas las predicciones y expectativas.

Lo que se dice de Augusto y sobre él, ningún mortal puede cumplirlo jamás. Por eso se le llama dios, o también hijo de dios. Aun así, murió como todos los demás. Pero ahora viene uno que también morirá. Pero no porque tenga que morir. Muere voluntariamente. Por otros. Y él es Dios. Sin principio – a diferencia de Augusto. Con su muerte vencerá a la muerte, el mayor enemigo de los seres humanos. Y quitará del mundo su causa: el pecado.

Marcos 1:1; Juan 10:18; Hebreos 2:9-14; Juan 1:29.

8 El nacimiento del Mesías-Rey

Todo nacimiento es un milagro. Cinco veces pude vivir de cerca un acontecimiento así. La fatiga y la alegría de la parturienta se alternan de un momento a otro. En la Antigüedad, los partos a menudo no terminaban bien para la madre y el niño.

El nacimiento de este Rey es también un milagro. Probablemente el mayor que nuestro planeta haya vivido jamás. Lo que aquí sucede, que Dios se hace hombre, está muchos órdenes de magnitud por encima de nuestro entendimiento. Como Dios mismo, el totalmente Otro e Incomprensible. Dios mismo se hace pequeño. Se reduce a unos 3500 gramos. Y eso que el Hijo de Dios es él mismo el Creador y Rey del universo.

¿Cómo ha de entrar este Rey en nuestro mundo? Dios se ha aparecido muchas veces. En la zarza ardiente, de forma temible en el monte Sinaí, a menudo como el ángel del Señor. Pero esas eran solo «visitas breves». Ahora ha llegado el momento de Dios, siempre se lo había propuesto: *quiere habitar entre los seres humanos y quedarse*.

Dios se hace hombre. De nuevo solo tres palabras que lo dicen todo. Dios sigue siendo Dios cuando se hace hombre. Pero deja atrás lo que constituye el ser Dios, hasta donde nosotros, mortales, podemos entenderlo: el trono celestial, la omnipotencia, el dominio. No se aferra a ello como a algo robado o a lo que uno se agarra.

El momento está firmemente determinado en la providencia de Dios. Era el cumplimiento del tiempo. Desde el punto de vista de Dios, el mejor momento. Desde el punto de vista secular, insignificante. El mundo de entonces no lo percibe. El emperador Augusto – de su evangelio ya hemos oído – manda contar y empadronar a los habitantes de su imperio. Para ello, la gente tiene que ir a su ciudad natal. Después de una marcha a pie de más de cien kilómetros de María, en avanzado estado de gestación, con su marido José, de Nazaret a Belén, todas las casas están abarrotadas. Es septiembre. Para la joven pareja, José y María, ya no hay sitio en casa de parientes en un aposento alto, la zona de vivienda de una casa israelita. Aun así, encuentran alojamiento en casa de parientes. Pero en la planta baja, allí donde se meten los animales por la noche. La casa ya está llena.

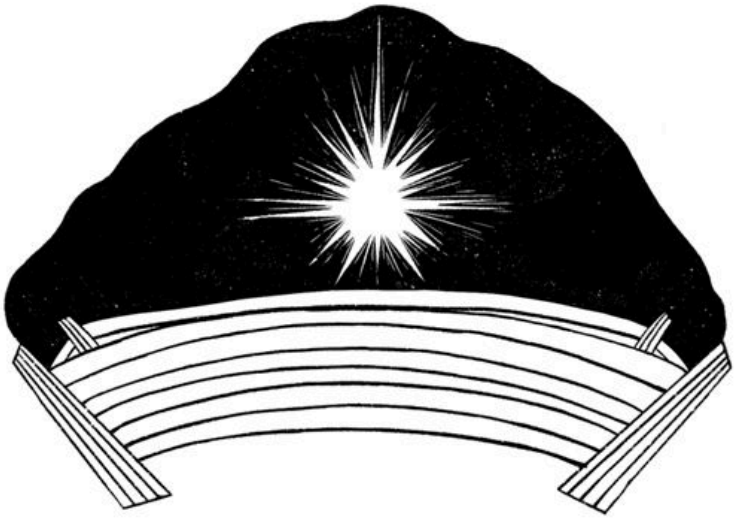
A los hombres los mandan fuera durante el parto. El nacimiento llega de inmediato y sale bien. Luego acuestan al primogénito en un pesebre. Una solución práctica. El bebé duerme bien allí. Un lugar improvisado para un nacimiento. Pero para aquella época y para esta pareja sencilla, de la condición más humilde, nada inusual. Más bien corriente.

Jesús no vino solo para los ricos y famosos. No solo para los respetados y nobles. Vino para los don nadie. Vino para las personas a las que otros nunca dedicarían un segundo pensamiento. Los corrientes. Los insignificantes y los que pasan desapercibidos. Los olvidados y los pasados por alto. Eso se refleja ya en la manera de su nacimiento. El Creador del universo nació en las circunstancias menos espectaculares. Dios hizo algo tan espectacular que, 2000 años después, apenas podemos captar todo el peso de su significado: Dios escribe la eternidad en lo ordinario.

Y eso significa que Dios, por medio de Jesús, quizá pueda escribir una historia eternamente espectacular en medio de su vida ordinaria, aburrida, cotidiana e insignificante.

Un rey que llega así a la vida, como un bebé indefenso, que se confía a una joven pareja, ese pone una señal. Ese muestra desde el principio *cómo* es.

Es un acontecimiento cósmico: del reino de los partos, antiguamente territorio de Babilonia, vienen sabios, astrónomos, y siguen una estrella. Que los conduce con toda precisión al lugar del nacimiento. Quizá judíos de Babilonia les ayudaron con sus Escrituras a entender lo que estaba pasando. Fenómenos sumamente extraños. No llegaron a Belén un día después del nacimiento. Solo meses más tarde. Encuentran el lugar y al niño. Honran a este niño con regalos preciosos. De hecho, adoraron al pequeño niño, como se adora a Dios. Los primeros en adorar al Rey de los judíos son partos, no judíos.



A esto se añade el tan discutido tema del nacimiento virginal. Jesús no tuvo progenitor masculino. José no lo era. Eso puso a José y María en dificultades el uno con el otro, por las que seguramente nadie los envidiará. El cielo lo da todo para que José entienda lo que está sucediendo. Se logra convencerle de que todo está en orden.

Tanto no cristianos como cristianos consideran el nacimiento virginal una metáfora o una fábula. Yo no. En el nacimiento virginal no se trata de la condición biológica y corporal de María. El milagro es la acción creadora sobrenatural de Dios. El Espíritu Santo produjo el embarazo de María. La «concepción» de Jesús, la encarnación, ocurrió por el Espíritu Santo, por el poder del Altísimo. Fue engendrado y concebido el *Hijo de Dios*. Eso es él como hombre y a la vez como Dios. Un misterio. Así tenía que ser para ser el *Santo*. Sin pecado. Para salvarnos de nuestros pecados.

Lo importante es: el Rey quiere nacer en nuestra vida. El alojamiento más sencillo le basta. No necesita un palacio. Nuestra vida, con todos sus trastos, no merece que el Rey entre en ella. Y aun así lo hace, porque nos quiere. Aun así lo hace, si le dejamos entrar.

Escribí este texto en el tiempo de Navidad. Mi canción favorita tiene este estribillo; no conozco ninguno mejor:

Oh, venid, adoremos
al Rey.
Rey de la gloria,
Señor de los ejércitos
Adeste fideles, Friedrich Heinrich Ranke (versión alemana)

Aunque Cristo naciera mil veces en Belén, y no en ti: tú seguirías perdido por toda la eternidad.

Angelus Silesius

Juan 1:1-2+14; Éxodo 3:1-6; 19:16-25; Apocalipsis 21:1-3; Filipenses 2:5-10; Gálatas 4:4; Lucas 2:1-7; Mateo 2:1-18; Lucas 1:35; Salmo 2; Juan 3.

9 El origen y la misión del Rey

Durante mucho tiempo Israel, o lo que quedaba de él, no había visto un rey. El que lo era ahora era un edomita, Herodes. Nada era como debía ser en este pequeño país bajo la administración de Roma. El verdadero rey de Israel tenía que acreditarse mediante su genealogía como descendiente de David. No fracasaría por eso: Jesús era un descendiente de la tribu de Judá, un descendiente de la familia de David.

Jesús existía antes de su nacimiento. Su nacimiento no fue una reencarnación en el sentido del budismo. Existía como Hijo de Dios, sin principio, sin nacimiento. Es eterno. Por medio de él fue creado el universo. La tierra y los seres humanos.

El Hijo fue enviado a Israel, al pueblo propio de Dios. Él era el anhelo de este pueblo, que esperaba a su Mesías. Así lo dijeron los profetas. Y así se cumplió. Durante mucho tiempo queda oculto que Jesús, el Hijo de David, es a la vez el Hijo eterno de Dios. El Mesías lleva a su cumplimiento la historia de Israel y sus profecías. Nosotros, los europeos y las naciones del mundo, somos por el momento solo espectadores. Jesús es uno de los muchos profetas por medio de los cuales Dios habló a su pueblo. Es el último de la larga serie de profetas, el definitivo y el más grande. Dios mismo habla, porque Jesús es Dios.

Jesús viene con una vocación. Viene al mundo con un encargo. Él será el Mesías, el Rey de Israel. Viene para salvar al pueblo de sus pecados. No de los romanos.

Al enviar a su Hijo, Dios instituye a Jesús como el Mesías, el «rey ungido». En Jesucristo, Dios ha inaugurado y establecido su reino, el reinado de Dios; en su reino gobierna Jesús – el Rey. Lo repetimos una vez más: la idea del rey y del reinado está vinculada a la creación original. Dios quería que sus imágenes, Adán y Eva, gobernaran en este mundo. Fracasaron en este papel igual que muchos reyes después. Así que Dios envió a su Hijo para que él gobernara. Para siempre. Tal como Dios siempre había imaginado el gobernar.

Como su Rey, Mesías y Señor, el Hijo encarga ahora a la Iglesia, es decir, a todos los cristianos, sin importar su confesión. Ella está llamada a dar testimonio de esto ante el mundo: que Jesús es el verdadero Rey, el Rey que volverá, y que

solo en él hay salvación. La Iglesia está llamada a encarnar, como pueblo de Dios, este reino – el reinado de Dios. Por medio de ella se hace visible el reinado de Dios.

No el emperador, sino *Jesús* es el verdadero Hijo de Dios. Viene de una casa real mucho más antigua que Roma. Viene de la casa del rey David. A este se le prometió un sucesor que se sentaría para siempre en el trono de David. Ese no fue Salomón, el hijo de David. Ese es Jesús, del linaje de David. Por tanto, también hijo de David. Esa es la condición para que la promesa de Dios se haga realidad. Y se hizo realidad: en Jesús se ha cumplido la promesa.

Este mensaje Dios lo había prometido antes por medio de sus profetas, y ellos lo pusieron por escrito en las santas Escrituras.

Este mensaje trata de él, del Hijo de Dios. En el plano humano, es descendiente del rey David.

Y al mismo tiempo ha sido declarado Hijo de Dios. Esto ocurrió por la acción poderosa del Espíritu de Dios, que despliega la santa realidad de Dios, y se muestra por la resurrección de Jesús, el Mesías, nuestro Señor.

Romanos 1:2-4

Mateo 1:1-17; 2:1-15; Lucas 23:8-15; Juan 1:1-3; Colosenses 1:16; Hebreos 1; 10:5; Juan 12:27; 2 Samuel 7:12-16; Romanos 1:1-7.

10 La vida del Rey

¡Vivir como un rey, a cuerpo de rey! Un dicho que no se aplica al Rey en quien aquí nos fijamos. Así como entró en la vida, en condiciones pobres, sin honores reales, así vivió su vida. Una vida breve, 33 años de duro trabajo y renuncia.

¿Se puede resumir una vida así en este capítulo con unas 700 palabras? Definitivamente no. Son solo unos pocos fragmentos de pensamiento que hacen brillar su vida real. Además, la pregunta que guardamos en la mente: ¿Y si nuestra vida se resumiera en 700 palabras? ¿Qué queda? ¿Se acordará alguien todavía de nosotros después de dos o tres generaciones? Yo ni siquiera sabría cómo se llama mi bisabuelo si no preguntara.

Muchos, cuando se trata de Jesús, piensan a menudo solo en el pesebre y en la cruz. Pero el tiempo entre ambos tiene que ser igual de importante. De lo contrario, no habría existido. La vida del Rey es tan importante como su muerte. Esta vida es tan única como preciosa, tan pura y buena, que la muerte de Jesús es indescriptiblemente triste. ¿Cómo pudo terminar así una vida tan inocente?

La misión de Jesús es salvar a su pueblo Israel y a todos los seres humanos de sus pecados. Anunciar el reino de Dios. Este había sido inaugurado con su llegada. El Rey estaba ahí. Y con él, el poder de la liberación. No de los romanos, los ocupantes de Israel. No. Liberación de los poderes malignos que esclavizan a las personas. Estos poderes invisibles eran y son más devastadores que la potencia de ocupación romana. También liberación de enfermedades incurables que atormentan a las personas y las excluyen de la vida social. Liberación también de la hipocresía, de la piedad legalista y fingida. De la erudición bíblica sin amor y sin vida. Liberación de falsas expectativas. Del egoísmo. De la incredulidad. Y, no en último lugar, de nosotros mismos.

Todo esto distingue la vida del verdadero Rey. Una vez se llegó al punto de que los judíos querían hacerle rey. Pero Jesús se retiró. Conocía los corazones de las personas y sus motivos. Para *su* reino hacen falta corazones renovados. Corazones que tengan el latido de Jesús. Que estén dispuestos a servir y a recorrer el camino más bajo.

La vida terrenal del Cristo permanece en gran parte oculta hasta sus treinta años. Una vida de trabajador corriente y fatigosa con sus hermanos. Como

obrero de la construcción. Aquí Jesús no solo aprende el oficio. Aprende la obediencia, que no conocía en la tierra de donde venía. En el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu, el Dios trino, estaban unidos en eterna armonía de amor y gozo. En la tierra, Jesús, el Hijo, se entregó a una vida dura. ¿Quién sabe cuándo empezó a trabajar en la construcción? Era el primogénito. De José, el marido de María, ya no oímos nada más. Quizá Jesús asumió la responsabilidad de la familia.

Esta vida la dejó Jesús atrás a los 30 años. En el río Jordán se deja bautizar por Juan el Bautista, por aquel que le había preparado el camino. Entonces comienza su ministerio público. Su misión de Mesías. Todo esto está recogido en cuatro relatos de vida o biografías. Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Vale la pena leer estos *evangelios*, así se llaman los cuatro relatos. Una y otra vez. Juntos son el evangelio del Mesías-Rey.

Su *vida* es un mensaje. Su predicación, sus palabras están tan llenas de poder, son tan auténticas, tan cercanas a la vida, tan sabias, que la gente, de asombro, apenas encuentra palabras. Sana a los cojos. Hace ver a los ciegos. Los muertos son resucitados. Los demonios huyen. El Rey sale y toma posesión de la tierra. De otra manera que un señor de la guerra. Su sabiduría y su verdad son irresistibles. El poder de su amor vence corazones humanos. Hasta hoy.

Es uno de nosotros y, sin embargo, completamente otro. Una vida sin lujo. Llena de renuncia. Sin casa propia. Constantemente vigilado con recelo y atacado por líderes religiosos y fariseos. Seguido por mucha gente. Por distintos motivos. Sació a muchas personas con pan que multiplicó milagrosamente. Pero siempre le importaban los corazones, la orientación más íntima de la vida, que Dios necesita tanto como meta. Le importaban los corazones que son puros o que han de llegar a serlo.

Con compasión toca a personas con enfermedades incurables, que quedan sanadas al instante. Un toque de este Rey lo cambia todo. Dejémonos tocar por este Rey. A nadie que vino a él, y que hoy viene a él, ha rechazado ni rechazará jamás.

Just one touch from the King changes everything!
¡Un toque del Rey lo cambia todo!

Juan 21:25; 1 Pedro 2:22-24; Mateo 1:21; Marcos 1; Juan 6:15; Hebreos 5:8; Marcos 6:3; Marcos 9:15; 10:26; Lucas 4:32; 8:25; 9:43; Mateo 8:20; Lucas 5:13;

22:51; Marcos 6:56.

11 La buena noticia del Rey

El primer acto oficial del Rey es la proclamación, la predicación del evangelio. La proclamación y la sanación son su día a día. No dirige ningún ejército; la gente simplemente le sigue y le escucha.

Como suele ser habitual con los reyes, llega antes una delegación para preparar la visita real. Es Juan, llamado el Bautista, quien prepara el camino del Señor, del Rey y Mesías. Su mensaje: no son las calles y las casas las que deben limpiarse, sino los corazones. Las personas deben arrepentirse, deben convertirse y cambiar su vida. Un profeta del desierto con manto de pelo de camello, como precursor, anuncia a un rey que no viene con brillo y gloria.

La conversión es también el mensaje de Jesús. Cuando Juan es encarcelado, Jesús continúa su ministerio. Proclama el evangelio del reino de Dios: ¡Arrepentíos y creed en el evangelio! El reinado de Dios que se acerca es la respuesta a todos los problemas de este mundo. Solo el reinado de Dios trae paz, sanidad, perdón, libertad, seguridad, bienestar y estabilidad. El reinado de Dios, encarnado en Jesús, el Mesías, es su respuesta a la dictadura de los reinos del mundo y a su fracaso, así como a la de los soberanos invisibles, que igualmente ejercen su violencia. Es decir, principados y potestades del mundo invisible que actúan sobre nuestro mundo visible para destruir a las personas.

Jesús es el Rey de este reino, enviado e instituido por Dios. Él mismo, en su persona, encarna el mensaje del reino, el evangelio. No en vano los cuatro relatos de vida del Nuevo Testamento se llaman evangelio. Su vida, sus hechos y palabras son la buena noticia. Y dicen lo mismo que los apóstoles escribieron más tarde en sus cartas.

Cuando Jesús ha de sanar al paralítico al que bajan a través de un techo hasta sus pies, dice algo inesperado. Algunos le creían capaz de sanar al paralítico, si no, no habrían venido. Pero Jesús le dice primero: *¡Tus pecados te son perdonados!* Los pecados son un problema mayor que estar paralítico. Jesús trae sobre todo la solución al problema del pecado. Eso es evangelio. El ángel dijo a José, el marido de María:

¡Él salvará a su pueblo de sus pecados!

Con Jesús, sin ninguna duda, la buena noticia había llegado de verdad. Jesús era lo que decía. Palabras y vida eran una sola cosa.

«Así llegó Jesús también a Nazaret, donde se había criado. El sábado, conforme a su costumbre, fue a la sinagoga. Se levantó para leer de la Escritura.»

Y le dieron el libro del profeta Isaías. Lo desenrolló y leyó el pasaje donde dice:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto el Señor me ha ungido. Me ha enviado con el encargo de dar buenas nuevas a los pobres, de pregonar a los cautivos que serán libres, y a los ciegos que verán, de poner en libertad a los oprimidos y de proclamar el año agradable del Señor.»

Jesús enrolló el libro, se lo devolvió al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos en la sinagoga le miraban atentos.

Comenzó a hablar. «Hoy se ha cumplido esta Escritura», les dijo. «Vosotros sois testigos.»

El evangelio, que Jesús mismo era y proclamaba, conduce a la luz, a la vida eterna. Para dejar atrás lo viejo, los pecados y la muerte.

«De cierto os aseguro: El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna. No vendrá a condenación; ha pasado de muerte a vida.»

La buena noticia y Jesús son uno – no se puede tener lo uno sin lo otro. Donde se proclama el evangelio, se proclama a Jesús.

El evangelio de Jesús lo resumimos así: ...

hace justicia, destruye la esclavitud, combate la pobreza, sana enfermedades, perdona deudas, limpia del pecado, regala vida eterna, acoge al marginado, levanta del estatus social más bajo y hace valer plenamente la verdad de Dios.

Mateo 3:1; Marcos 1:4; 8:28; Lucas 3:1-18; Efesios 2:1-3; Colosenses 1:13; 2:15; Marcos 2:1-12; Mateo 1:21; Lucas 4:16-22; Juan 5:24.

12 El regicidio: la cruz

El evangelista Juan describe a Jesús como Rey. Más que los otros evangelistas. Sobre todo allí donde uno no lo espera. Donde no encaja en absoluto. Es decir, en la pasión de Jesús, en la historia de su sufrimiento, su arresto, el proceso de su condena y, finalmente, en su muerte en la cruz.

Esta pasión es espantosa. Injusta. Desvergonzada. Brutal. Deshumanizante y bestial. Pero a través de esta oscuridad, la fe reconoce la entronización del verdadero Rey. Con un doble sentido, la historia de la pasión da testimonio de la glorificación, de la exaltación del Mesías-Rey.

Jesús, el Hijo de David, va al huerto de Getsemaní. Cuando Jesús pregunta a los soldados a quién buscan, su respuesta los derriba como una ráfaga de tormenta, cuando dice: «Yo soy». Es como si yacieran a sus pies, a los pies del Rey.

Con dignidad real y determinación, Jesús no se defiende con la espada como su discípulo Pedro. Beber la copa del Padre es lo que cuenta para Jesús, el Hijo: tu misericordia, oh Dios, es mejor que la vida, como dijo una vez David. Una copa que para él está llena de sufrimiento, y que para nosotros, en la Cena del Señor, es una copa de acción de gracias.

Jesús es llevado ante Anás, el suegro del sumo sacerdote. Su yerno Caifás había dicho una vez – con olfato político, pero sin conocer el alcance de sus palabras: Conviene que uno muera por el pueblo. Qué verdad. ¡Un verdadero rey muere por su pueblo!

Del pequeño mundo oprimido de los judíos, Jesús es llevado ahora al universo del imperio mundial de Roma. Pilato, el gobernador romano, tiene el poder y le pregunta sin rodeos, probablemente estando los dos a solas: ¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús confirma que es rey. Pero de un reino que no es de este mundo. Un reino que está por encima de toda pretensión política, un reino que no conquista el mundo por la fuerza de las armas, como los romanos. Un reino del mundo celestial. Con otras leyes. Un reino que, en la persona de su Rey celestial, se deja triturar por la violencia brutal de un reino terrenal. Al menos así parecía.

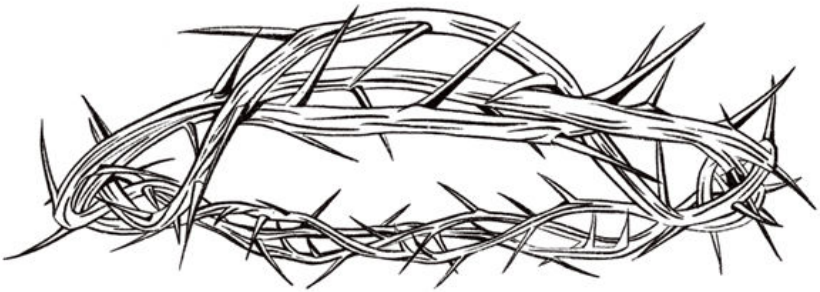
Para Pilato está claro: este es el Rey de los judíos. Es asombroso el olfato que muestra Pilato. Él, el romano e idólatra, lo hace prácticamente Rey de los judíos.

Dice abiertamente a la multitud: «¡He aquí vuestro Rey!» Incluso manda clavar un letrero real en lo alto de la cruz. Todos deben saber exactamente eso. Los líderes de Israel y acusadores de Jesús son provocados por Pilato hasta el extremo. Porque quieren su muerte, sí, su muerte en la cruz.

Pilato defiende sin saberlo la verdad sobre Jesús: Jesús no tiene culpa alguna y es su Rey. Los judíos se deciden por el emperador de Roma. A Jesús, su verdadero Rey, lo rechazan.

Lo siguiente que vemos es a Jesús con una corona de espinas y un manto de púrpura rojizo que le echan encima. La caricatura sangrienta del Rey que vino a dar testimonio de la verdad. Majestad coronada de espinas.

Hacia el Gólgota carga él mismo su cruz. Allí le arrancan la ropa del cuerpo. Le clavan en la cruz. La levantan. Es levantado, como él mismo lo anunció. El Rey es entronizado en su trono: un madero de tortura, una cruz de madera.



Un hombre desnudo, ensangrentado, desfigurado, lleno de dolores. Su clamor, antes de exhalar su vida, es real, liberador y redentor para él, para todos, para nosotros: *¡Consumado es!*

Entregado por nosotros. Es este Crucificado quien nos atrae hacia sí. No Pilato, ningún emperador, sino Jesús, ¡el Mesías-Rey! Este hombre, en este lugar de ejecución, se convierte en nuestro refugio, nuestro lugar de expiación. Aquí su sangre cubre nuestros pecados y hace la paz con Dios, la reconciliación mediante la sangre de su cruz. La paz con Dios, y también entre nosotros los seres humanos, es ahora posible. ¡La mano ensangrentada y traspasada de Dios está extendida!

¡Este es el verdadero Rey del mundo, el Rey del cielo, el Soberano de todo el mundo y Señor de señores! Quien está dispuesto a deponer su poder, a cambiar

el trono por la cruz por causa de nosotros, es digno de nuestra adoración. Quien además intercede ante Dios, ante su Padre, pidiendo perdón para sus asesinos, nos deja sin palabras a los seres humanos. ¿Hemos merecido un Dios así?

Una cruz demuestra el poder de los romanos y la destrucción, la aniquilación, sí, la eliminación de los crucificados y de todo recuerdo de ellos. Los fuertes vencen a los débiles. En debilidad fue crucificado Jesús. Para Dios, el Soberano del universo, esa es la victoria. Por paradójico que parezca: la victoria del amor.

La cruz es y sigue siendo un escándalo. Como signo de la fe cristiana, lo sigue siendo. Es una locura y una necedad hacer de una cruz y del Crucificado el fundador de una religión. Nada de ello se puede embellecer ni idealizar. Es tan extraño, tan contradictorio, tan al revés. Pero para todos los que creen que en este madero de vergüenza la sabiduría y el amor de Dios alcanzan su punto culminante, la cruz, y lo que allí sucedió, es poder de Dios para salvación. ¡Para rescate! Un Dios que sufre, un Dios crucificado, es una locura, pero al mismo tiempo es el mensaje que cada día conmueve a personas, las transforma y las convierte en nuevas personas.

La historia de José es una figura del Mesías – sus hermanos lo echan en un pozo, lo venden a Egipto, donde, por dolorosos rodeos, llega a ser virrey, igual que Cristo.

Cuando llegó José a sus hermanos, le quitaron su túnica, la túnica de colores que tenía sobre sí. Luego le tomaron y le echaron en la cisterna. La cisterna estaba vacía; no había en ella agua.

Génesis 37:23+24

Juan 18 + 19; Mateo 26:36-27:56; Marcos 14 + 15; Lucas 22 + 23; Romanos 3:21-26; 2 Corintios 13:4; 1 Corintios 1:22-24; Colosenses 1:20; Efesios 2:16; Filipenses 2:8.

13 Qué Rey

(Canción en su versión original alemana)

Was für ein König, der sein Land verlässt für mich. Und alles hingibt, was ihm lieb und wichtig ist. Der sich aufmacht und weit in die Fremde zieht, um zu suchen die, die er von Herzen liebt. Der nicht ruht bis auch der letzte seiner Freunde bei ihm ist, der voll Sehnsucht und voll Freude mich in die Arme schließt.

Wer so ist, der ist wahrhaft königlich. Diesen König liebe ich.

Was für ein König, der ein großes Festmahl hält für all die Schwachen und die Armen dieser Welt. Der uns seine Brüder, seine Schwestern nennt, weil er wie wir das Leben hier auf Erden kennt. Was für ein König, der aus Liebe seine Krone niederlegt und sie eintauscht gegen eine, die aus Dornen ist.

Was für ein König, der sein Leben für mich gibt, wo ich doch nicht von edler Herkunft bin. Was für ein König, der dem Tod ins Auge sieht und ihn als Erster ein für alle Mal besiegt. Was für ein König, der den Weg geht, der noch nicht gegangen ist, weil dieser Weg für uns der Weg in die Freiheit ist.

Lothar Kosse, 2011, con su amable permiso.

14 El Rey en la tumba

A un rey se le entierra de manera especial. Con una gran procesión y una sepultura digna. A los criminales crucificados se los deja colgados en la cruz durante días, como escarmiento. Luego terminan en una fosa común, no lejos de la cruz. Sus cuerpos son tratados como cadáveres de animales. En la cruz, estas personas son quebrantadas. Y todo recuerdo de ellas es borrado.

Pero aquí cuelga el Autor de la vida. Ejecutado junto con dos criminales. ¿Qué pasa ahora con él? En el drama de la crucifixión hay un pequeño rayo de luz. José de Arimatea, miembro del Sanedrín, es un discípulo secreto de Jesús. Ahora ha llegado su hora. Ahora demuestra que es discípulo de Jesús. Como hombre acomodado, ha tomado previsiones y ha adquirido un sepulcro para sí. Un sepulcro excavado en la roca, con una gran piedra de toneladas delante. Esta se hace rodar por un surco en el suelo delante de la entrada del sepulcro.

José reúne mucho valor, entra a ver a Pilato y le pide el cuerpo. Este, sorprendido por la rápida muerte de Jesús, accede. José baja el cuerpo de la cruz. Si solo o con ayudantes, no se sabe. Envuelve a Jesús en una sábana de lino. Tiene que ser rápido, el sábado comienza con el anochecer. Pone a Jesús en su propio sepulcro y cuenta con que tendrá que conseguirse uno nuevo.

Muchas predicciones (profecías) se cumplieron en la vida y la muerte de Jesús. Una particularidad que no se da en ningún otro ser humano. Incluso del entierro se escribe cientos de años antes: Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte.

A menudo, cuando los apóstoles cuentan el evangelio, mencionan siempre que Jesús no solo murió, sino que también fue sepultado. Nadie debería descartarlo como algo secundario. Porque quien está sepultado está muerto. No inconsciente. No en muerte aparente. Todas las funciones del cuerpo han cesado de forma irreversible. El capítulo Jesús queda provisionalmente cerrado con la tumba.

Si con su muerte en la cruz todo parecía haber terminado, con mayor razón con su sepultura. Después, los romanos sellaron el sepulcro y lo hicieron custodiar por una unidad especial. Los escribas judíos tenían que asegurarse de que los discípulos de Jesús no vinieran a robar el cuerpo. Pero de ellos venía poco

peligro: habían huido. A diferencia de los discípulos, ellos sí recordaban que Jesús había hablado algunas veces de su muerte violenta, pero también de su resurrección. Algo flotaba en el aire. ¿Iba a ocurrir algo más?

En el antiguo credo cristiano se dice: «sepultado, y descendió al reino de la muerte». El Autor de la vida irrumpe en el baluarte infranqueable de la muerte al morir él mismo y estar muerto. De sí mismo dice Jesús más tarde: Estuve muerto.

Lo que sucedió después, más allá de la muerte, cuando descendió al reino de la muerte, no tiene menos importancia que lo que ocurrió en la cruz. Pero lo cierto es que también eso sucedió por nosotros. Por seres humanos mortales, para que vivamos, junto con él.

Fue angustiado y afligido, pero lo soportó sin quejarse. Como cordero que es llevado al matadero, como oveja que es trasquilada, lo sufrió todo en silencio, sin quejarse.

En medio de su prisión y de su juicio le alcanzó la muerte. Porque su pueblo había cargado sobre sí una culpa tan grande, su vida fue cortada. ¿Quién de los hombres de esta generación se preocupa por ello?

Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte, porque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.

Isaías 53:7-9

Hechos 2:22-46; 3:15; Hebreos 2:10; Mateo 27:57; Marcos 15:43; Juan 19:38; Isaías 53:9; 1 Corintios 15:4; 1 Pedro 3:18-22

15 El Rey en el reino de la muerte

También los reyes tienen que morir. Este Rey del que hablamos aquí sufrió una muerte atroz. Fue ejecutado violentamente en la cruz. Después fue puesto en un sepulcro excavado en la roca, que fue cerrado con una gran piedra.

El ser humano es más que su cuerpo. Después de la muerte sigue viviendo. Su conciencia, su espíritu-alma, no puede ser matada. El espíritu-alma corresponde al ser humano entero; él permanece y es una persona completa en el más allá. Sin cuerpo material y mortal. También fuera de la fe cristiana hay innumerables indicios, por no hablar de pruebas, de que un ser humano puede existir fuera de su cuerpo y percibir con todos los sentidos el entorno del mundo invisible y del más allá.

Este más allá es el reino de la muerte. En la Biblia hebrea se le llama el *Seol*. En el Nuevo Testamento, el mundo inferior se llama *Hades*, donde permanecen los muertos. Allí está el ámbito de los justos y el de los injustos. El primero se llama «*seno de Abraham*». Luego hay un *ámbito más profundo*, en el que están custodiados los ángeles rebeldes y caídos que se mezclaron con los seres humanos antes y en el tiempo de Noé. Contribuyeron de manera decisiva a que los seres humanos cayeran de tal manera en el pecado que Dios puso punto final mediante el diluvio. Así lo relata el libro de Génesis. La Iglesia antigua proclama en su credo, que hasta hoy los cristianos pronuncian juntos en voz alta incontables veces cada domingo: *Descendió al reino de la muerte*. Exactamente allí, al mundo inferior, que nos está oculto y en el que solo se puede entrar por la muerte, allí abajo y adentro fue él, el Cristo, el Rey.

Quizá al lector le parezca extraño y anticuado. Pero la cosmovisión de la Biblia es bastante sencilla: existe el mundo visible creado y el mundo invisible creado. El mundo invisible incluye el cielo, donde Dios habita y gobierna. Esto se explica con palabras y conceptos que conocemos del mundo visible, para que podamos imaginarnos de alguna manera este mundo, que nos está más o menos oculto. El cielo de Dios está *arriba*. El mundo inferior, el reino de la muerte, está siempre *abajo*, *debajo de la tierra*. Debajo de la tierra no significa solo la tumba, sino el mundo inferior invisible del más allá, donde están los muertos.

Aunque el seno de Abraham es un lugar de reposo, la Biblia hebrea no describe el Seol como un lugar al que uno quisiera ir porque allí se estuviera tan bien. *El Seol representa la muerte y también el poder de la muerte, que Dios nunca quiso.*

El Nuevo Testamento llama al mundo inferior Hades. Así se llamaba este lugar también en la mitología griega. Más tarde, Hades pasó a ser el soberano del mundo inferior. Este lugar debe distinguirse del infierno. El Hades y el infierno no son lo mismo.

Volvamos a aquel día de la crucifixión y al entierro de Jesús. Visto desde fuera, todo quedó en calma; el cuerpo martirizado de Jesús reposaba en la tumba. Comenzaba el sábado. *Pero el Rey no reposaba.* En el mundo inferior sucedían cosas tremendas. *El Rey descendió.* Solo como muerto podía descender a este reino de la muerte. Y encontrarse con el príncipe de la muerte. Descendió al pozo de la serpiente antigua y le aplastó la cabeza. Venció al hombre fuerte para saquear sus bienes. Para liberar a los cautivos.

No descendió al Seol para seguir sufriendo, sino para vencer, liberar y proclamar.

Descendió a la prisión más profunda, a los príncipes de los ángeles caídos. A ellos no les anunció un mensaje de salvación, sino un mensaje de victoria. Debían saber que su plan, y el de su príncipe de las tinieblas, no había salido bien. *Su muerte significaba la muerte de ellos. Su muerte, que habían tramado todos los poderes de las tinieblas, no fue su victoria. Fue su derrota.* Inesperadamente para ellos, se encuentran ahora con el vencedor en el lugar donde nunca lo habrían esperado, y oyen de su boca que ha llegado la salvación para los seres humanos. No la perdición de los mortales junto con los poderes de las tinieblas, sino la victoria, la salvación y la vida eterna están ahora consumadas y preparadas para los pecadores. Para pecadores que no lo han merecido, pero de los que el Rey se compadece.

En el Seol o Hades estaban también todos los que habían temido a Dios y habían muerto hasta ese día de la crucifixión. Estaban en el reino de la muerte, pero no en el paraíso celestial. *Ahora viene a ellos el Rey prometido, a Abraham, David, Job y todos los demás. El Rey de gloria entra y es recibido y saludado por una multitud incontable. ¡Son prisioneros de esperanza!* Su esperanza no es quedarse allí. Tampoco el Rey vino para quedarse. Vino para sacarlos de allí y llevarlos al paraíso celestial.

Así tiene lugar un gran éxodo del Hades al paraíso ese mismo día en que Cristo murió. Porque al uno de los ladrones en la cruz le dijo con gran confianza: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Este ladrón sigue al gran Rey, que lucha

por su pueblo y conduce a todos al santuario celestial, a la presencia gloriosa de Dios.

Atrás quedan las ruinas del Seol y los que estaban en él y no creyeron. Quizá, y no está descartado, liberó también del mundo inferior a aquellos a quienes anunció allí la salvación. Quien se encuentra con él, quien le invoca, no importa dónde, será salvo. Es rico para con todos, este misericordioso Rey de gloria.

El Rey se hizo uno con nuestra vida y se hizo hombre. Vivió la vida que nosotros deberíamos haber vivido. Asumió nuestra muerte, nos quitó nuestros pecados y él mismo los llevó a la tumba. Dios nos imputa su muerte; a nosotros se nos permite vivir. Una vida nueva, eterna, inmortal. Descendió y quebrantó la fortaleza de la muerte para que podamos vivir. Volvió a la vida. Su muerte es nuestra muerte, y su vida es ahora nuestra vida.

Cada paso, toda la vida del Rey, era necesario para la salvación. De lo contrario, solo habría tenido que aparecer para la cruz. Entre la cruz y la resurrección, el Rey libró una batalla por su pueblo, aunque el sepulcro de roca no dejaba entrever nada de ello. La lucha en el mundo visible se había librado, hasta la muerte. Ahora venía la lucha en el mundo invisible. Saqueó el Seol y llevó a los cautivos arriba, al monte Sion, el monte de Dios.

Y así, vuelto a la vida, fue a los espíritus del mundo invisible que en tiempos de Noé se habían rebelado contra Dios y que ahora están presos hasta su condena definitiva, y les proclamó su victoria.

1 Pedro 3:19-20

Por lo cual dice: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.» Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

Efesios 4:8-10

¡No temas! Yo soy el primero y el último, y el que vivo, y estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Apocalipsis 1:17-18

2 Samuel 22:6; Job 17:16; Salmo 16:10; 30:3; 68:16-24; 116:3+8-9+15; 118:17-27; Isaías 14:9-15; 38:18; 45:2; Ezequiel 31:16; Oseas 13:14; Zacarías 9:9-12; Mateo 12:28-29+40; Hechos 2:22-36 (Salmo 16:10-11); Romanos 10:6-10 (Deuteronomio 30:12-14); Colosenses 1:16; 2 Pedro 2:4.

16 La resurrección del Rey

Los muertos no vuelven a la vida. Una regla sin excepción. No es ningún conocimiento especial, todo el mundo lo sabe. La muerte, nuestra finitud y nuestra fugacidad, no es un horizonte con el que queramos conformarnos. Muchos perciben que estamos hechos para algo más que volver a la tierra. Esto no puede ser todo.

El Rey salió a la guerra. Solo, por encargo de su Padre. Por nosotros. Se enfrentó al poder de la muerte. Se dejó vencer. Perdió la batalla y, precisamente así, la ganó. Venció al poder de la muerte. Convirtió la muerte en vida. Durante su vida devolvió a la vida a algunas personas. Ahora es resucitado de entre los muertos por su Padre. La regla sin excepción queda anulada. Dios, el Padre, no calla ante la muerte del Justo. Calló en Getsemaní, cuando Jesús oró para que se le ahorrara este sufrimiento. Calló cuando recorrió con su Hijo el duro camino del sufrimiento. Calló cuando Jesús colgaba de la cruz. Pero entonces el Padre habló, desplegó todo su poder divino y devolvió a Jesús a la vida.

La cruz es el no cruel y duro de los seres humanos. La resurrección es el sí rotundo de Dios. Su sí a Cristo, a la vida y a nosotros, aunque nos comportemos como sus enemigos. O estemos totalmente desinteresados de nuestro Creador.

En la muerte de Jesús, Jesús se enfrenta a la enemistad de los seres humanos. Y a la enemistad de los poderes de las tinieblas y de la muerte. Y se convierte en el sacrificio sustitutorio por nuestros pecados. En la resurrección queda sellado que la cuestión de la culpa, el problema de nuestros pecados, está resuelta de una vez para siempre. A nuestro favor. En la resurrección quedan vencidos todos los poderes invisibles enemigos de Dios y de los seres humanos. ¡El camino está libre para el reino de Dios! ¡Qué Rey sale de esta tumba! ¡El Rey vive! Ha vuelto victorioso de entre los muertos. Ha comenzado el futuro de una vida nueva.

¡Resucitado! Jesús mismo es quien rompe la muerte y deja atrás el sepulcro de roca cerrado. Ordenados y doblados deja sus lienzos funerarios y entra en el mundo de la resurrección. Es el mismo Jesús que los discípulos conocían. Las cicatrices en las manos, en los pies y en el costado permanecen como recuerdo eterno y señal de sus sufrimientos y de su muerte por nosotros. Pero ahora vive

una existencia nueva. Pasa a través de puertas cerradas, no necesita tiempo para cambiar de lugar. Come pescado con sus discípulos, se deja tocar, es y sigue siendo para siempre un verdadero ser humano.

La piedra de toneladas del sepulcro es quitada. No para que Jesús pueda salir, sino para que los discípulos y las mujeres puedan entrar en la tumba vacía.

Esta resurrección contradice todo lo que conocemos. ¡Eso no puede ser! ¿Un cuento? ¿Un mito? Se ha movilizado mucho para refutar este hecho histórico. Pero casi ningún acontecimiento de la historia universal está tan bien documentado como este. Y eso no debería sorprendernos. Porque con este acontecimiento todo se sostiene o se cae. La tumba estaba vacía. Demasiados testigos oculares se encontraron con el Resucitado. Discípulos muertos de miedo se convirtieron en valientes confesores de Cristo. Ya no temían a la muerte. Demasiadas personas experimentan hoy a Cristo en vivencias sobrenaturales de ver y oír que la ciencia no puede explicar.

La resurrección del Mesías-Rey ha llevado a la humanidad a una nueva dimensión. Esta tiene espacio para todas las personas. Deja para siempre en la tumba la muerte y la fugacidad. Ante nosotros hay una existencia nueva. Vida en abundancia. La vida eterna y una nueva creación representan lo que nuestro Rey ha conquistado para nosotros. Con el precio de su vida.

Su resurrección nos arranca hacia la vida. La vida que vale la pena vivir ha vencido – por medio de él.

¡Tú, Señor, no me dejarás en el Seol! No permitirás que yo termine para siempre en la tumba, porque me mantengo fiel a ti.

Me mostrarás la senda de la vida. En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.

Salmo 16:10+11

Juan 2:22; Hechos 2:24 + 32; 3:15; Romanos 4:24 + 25; 6:4 + 9; 8:11 + 34; 10:9; 1 Corintios 15; 1 Tesalonicenses 1:10; Efesios 2:1-6; Colosenses 3:1; 2 Timoteo 2:8.

17 La ascensión del Rey

La ascensión del rey Jesús al cielo no es una huida. No es simplemente un cambio de lugar: es un acontecimiento de enormes consecuencias. En realidad, no menos importante que la cruz, la tumba o la resurrección. De este acontecimiento apenas se oye hablar. En Alemania nos regala un día festivo en primavera, conocido también como el *Día del Padre*. Y, sin embargo, este acontecimiento corona la vida y la muerte de Jesús.

«Ascensión» suena extraño. No fue un «viaje» (en alemán *Himmelfahrt*, «viaje al cielo»), porque así Jesús nunca habría llegado a su destino. Fue un paso al mundo celestial de Dios, a la trascendencia, que es completamente distinta de nuestro mundo visible e inmanente, pero no está lejos.

Jesús atravesó los cielos en un desfile triunfal. Todos los seres de este mundo del más allá se inclinan. No tienen otra opción. Este camino conduce hasta el trono de Dios. Parecido a su entrada en Jerusalén, pero completamente distinto. Porque la cruz ha quedado atrás.

Un ser humano ha abierto y despejado para nosotros, los seres humanos, el camino hacia el corazón paternal de Dios. Él es el camino. Ahora podemos volver a casa. El Padre nos espera. Quiere recibirnos.

Primero fue *él* recibido allí, como un hijo de rey. A propósito del Día del Padre: Dios, el Padre eterno, da la bienvenida a su Hijo. Lo saluda con alegría. El cielo se alegra, todos los ángeles y seres celestiales. El Hijo ha vuelto. Después de 33 años en la tierra, regresa al palacio celestial.

Ha llevado a cabo algo difícil. Ha obtenido un rescate eterno, una salvación eterna. Ha nacido una nueva creación. Por su encarnación, por su muerte y su resurrección. No es de extrañar que en el palacio de gobierno del universo se le añorara tanto y que ahora sea recibido.

Nada de esto es un cuento. Es una realidad con grandes efectos. Las consecuencias todavía no se pueden prever. Nosotros, los seres humanos, estamos directamente afectados.

Para nosotros, este acontecimiento de la ascensión solo puede significar hacer lo mismo que el Padre celestial. Recibamos al rey Jesús igual que el Padre lo

recibió. Esperémosle, recibámosle. Él quiere entrar también en nuestra vida. Está dispuesto a hacerlo.

Por cierto, cuando así subió al cielo en una nube ante sus discípulos, había allí dos hombres, dos ángeles, que dijeron: Así como se ha ido ahora, con la misma certeza volverá. Visible, en las nubes.

Subiste en triunfo a lo alto, cautivaste la cautividad. Tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes. ¡Ciertamente, Dios, el SEÑOR, habitará aquí!

¡Bendito sea el Señor! Cada día nos colma de beneficios; sí, él, Dios, es nuestra salvación.

Salmo 68:18-19

Marcos 16:19-20; Lucas 24:50-53; Hechos 1:4-11; Hebreos 5:10; 4:14.

18 La coronación del Rey

Las ceremonias de coronación son actos pomposos. No se escatima en nada. Un acontecimiento único para cada reina y cada rey. Se invita a huéspedes de alto rango. El palacio está engalanado. Pero ahora hablamos del cielo. Fuera del espacio y del tiempo, nuestra imaginación es limitada. La fantasía y la ciencia ficción inspiran nuestra capacidad de imaginar. Pero la entrada, la recepción del Mesías-Rey Jesús y su fiesta de coronación en la dimensión celestial del más allá solo pueden imaginarse de manera aproximada, si es que pueden imaginarse. Pero son muy reales y de amplio alcance.

¡Jesús está coronado de gloria y de honra – con una corona de victoria! Probablemente no es una corona de ramas de olivo. Más bien una metáfora con la que podemos conectar. Diez días dura la fiesta de la coronación.

Dios, el Padre, el Rey del universo, regala a su Hijo el lugar de honor más alto que puede otorgar. Lo hace virrey. Lo que él dice y hace es como si Dios lo hiciera. Como en otro tiempo José en Egipto, como representante del faraón.

El homenaje del Padre celestial no es un favor ni una obligación familiar. Jesús se ha ganado este lugar. Tan bajo como se humilló, tan alto es exaltado. Un establo en Belén, trabajo duro, sin posesiones, despreciado y, al final, la cruz. ¡Aunque él es el Creador, el Rey del cielo! Solo este lugar de honor en el centro de todo lo que existe y el título de honor más alto son dignos de él.

Ya el rey David escribió estas misteriosas palabras:

> *Jehová dijo a mi Señor: «¡Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies!»*

Se ha cumplido. Cuando usted lee esto, no son cosas del pasado. Todo esto tiene consecuencias. Si Jesús fue hecho Señor y Cristo, eso tendrá consecuencias. Tarde o temprano. Para nuestro planeta, para cada ser humano. Nadie podrá pasar de largo ante este Señor, ante este *Lord of Lords*.



Entonces, no mucho después de que Jesús fuera al cielo, los cristianos cantaban en sus catacumbas y escondites canciones como estas:

Por eso Dios también lo exaltó hasta lo sumo, de manera incomparable, y le dio como título de honor el nombre que es más importante que todo otro nombre.
Y porque Jesús lleva este nombre, un día todos se arrodillarán ante él, todos los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra.
Todos reconocerán que Jesucristo es el Señor, y con ello darán gloria a Dios Padre.

O bien: *Y él, que descendió, también volvió a subir por encima del más alto de todos los cielos, para llenar así todo el universo con su presencia.*

También: *... de la resurrección de Jesucristo, quien ahora – después de haber ido al cielo – está sentado en el lugar de honor a la diestra de Dios, y a quien están sujetos los ángeles y todas las autoridades y potestades.*

Por cierto, igual que en la resurrección, también hay testigos oculares del Mesías-Rey *exaltado.* El antiguo fanático Pablo tuvo que darse cuenta de que quien quiere exterminar a los cristianos ataca a Cristo mismo, su Señor. Fue una gracia inmensa que precisamente a él se le apareciera el Cristo. No para juicio. En el camino a Damasco, Pablo se encuentra de repente en el resplandor de su gloria celestial. Como en un escenario bajo los focos. Consecuencia: ceguera. Tres días después es sanada. La consecuencia de este encuentro: Pablo da un giro completo. A partir de entonces, tan pronto como le es posible, proclama a Jesús como el Mesías y Señor. De golpe había comprendido que esta persona era el

Mesías, tal como estaba descrito y anunciado en las profecías. De repente, para él todo encajaba.

Otro testigo ocular, aun antes de Pablo, fue el discípulo Esteban. Los judíos lo apedrearon. Mientras le llueven las piedras, recibe una mirada al cielo abierto. A Jesús. Este está de pie en la gloria celestial y se inclina hacia el mártir moribundo para recibirlo junto a sí.

Toda potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra. Él reina. Él tiene la última palabra. Pero, y esto es importante, su manera de gobernar es distinta. No como lo hacen los emperadores, los reyes y los déspotas. Su gobierno es desinteresado, justo, veraz y amoroso. Su dominio no es un poder que obliga. El mal de este mundo no se detiene mediante la violencia. Jesús, el Rey sobre todos los reyes, lo hace a su manera. Tal como lo conocemos por los evangelios. Podemos confiar en él. Él llega a su meta. Basta una palabra, y todos los poderes de este mundo quedan detenidos.

Si el Padre le dio el trono, ¡no puede ser de otro modo sino que también reciba el trono de nuestra vida! Jesús, el verdadero Rey, no es un usurpador del trono. Nosotros decidimos quién recibe el trono en nuestra vida. Personas, ídolos, religiones, adicciones, miedo – y muchas cosas más quieren dominar nuestra vida. Su dominio es el único que no nos esclaviza. El único con futuro.

¿De qué lado queremos estar? Quizá de vez en cuando subestimo la grandeza poderosa y la gloria de mi Mesías-Rey Jesús. Por eso podemos entregarle una y otra vez de nuevo el trono de nuestra vida. En él hay perdón e indulgencia. Siempre un nuevo comienzo. No nos hace reproches. Nos recibe una y otra vez en su reinado de gracia.

Miraba yo en visiones de la noche: Y he aquí, con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre. Y vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.

14 Y le fue dado dominio, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

Daniel 7:13-14

La correspondencia en el Nuevo Testamento:

Jesús respondió (al sumo sacerdote): *«¡Sí! Pero os digo que desde ahora vale esto: ¡Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y viniendo sobre las nubes del cielo!»*

Mateo 26:64

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron, y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.

Apocalipsis 1:7

Jesús atravesó el cielo hasta el trono de Dios. Los israelitas en Jerusalén se llenan de pesar en la predicación de Pedro en Pentecostés, los mismos que le dieron muerte.

Abríos de par en par, puertas poderosas, dejad libre el camino, portones antiguos, para que entre el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Es el SEÑOR, el fuerte y valiente, el SEÑOR, el poderoso en batalla. ¿Quién es este Rey de gloria? El SEÑOR de los ejércitos, él es el Rey de la gloria.

Salmo 24:7-10

Hebreos 2:7 + 9; Salmo 10:16; Jeremías 10:7 + 10; Hechos 2:34; Hebreos 1:13; Génesis 41:41-46; Efesios 4:8-10; Salmo 110:1; Filipenses 2:5-11; 1 Pedro 3:22; Hechos 9:1-22; 7:54-60; Mateo 28:18; Lucas 11:23.

19 Mi Rey de gloria

(Canción en su versión original alemana)

Der Wind, der in mir weht
Das Wort, das nie vergeht
Alpha und Omega
Der sein wird, ist und war
Berge verbeugen sich vor seinem Angesicht
Ein Wort und es geschieht
Er kommt und Ängste fliehn

Das ist mein König, König der Herrlichkeit
Sein ist das Reich, die Macht in Ewigkeit
Nichts muss ich fürchten, solange ich weiß
Dass der König der Könige nah bei mir bleibt

Der Weg auf dem ich geh
Das Licht auf meinem Weg
Meine Heimat, mein Zuhaus'
Deine Nähe füllt mich aus

Das ist mein König, König der Herrlichkeit
Sein ist das Reich, die Macht in Ewigkeit
Nichts muss ich fürchten, solange ich weiß
Dass der König der Könige nah bei mir bleibt

Tobias / Samuel / Hundt / Harfst

20 El Rey – Hijo de David e Hijo de Dios

El segundo salmo no tiene título. Es un salmo real, y esperaríamos que fuera de David. Podría ser, pero el rey que aquí se describe no puede ser David, ni tampoco su hijo Salomón. Más bien, este salmo señala a un rey único que entonces no existía. El Ungido del Salmo 2, el Mesías, es el rey escogido por Dios. Es ungido e instituido como rey y, al mismo tiempo, ungido con el Espíritu para ejercer su cargo.

En este capítulo, algo más largo, lo central es que este Rey es el Hijo de Dios. En el antiguo Oriente, entre los egipcios y también en Mesopotamia, el rey era la divinidad encarnada. Si se lee el Salmo 2 sin saber de quién se trata en realidad, en este salmo el Ungido es instituido como rey en el monte Sion de Jerusalén y, con ello, adoptado como hijo del Altísimo. Por tanto, antes no lo era. La generación en el Salmo 2 es la entronización. Al ocupar el trono, el rey es adoptado como hijo de Dios.

> *«¡Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte!»*
> *Yo publicaré el decreto del SEÑOR. Me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.*

A diferencia de la situación histórica, aquí el dominio no se extiende solo sobre Judá o Israel, sino sobre todas las naciones. ¿Se soñaba con un dominio mundial?

El sueño de Dios es unir a todas las naciones bajo un Rey único y bendecir a todo el mundo por medio de él. Comenzó con David como imagen original del rey ideal y prototipo del Rey venidero. No de un rey cualquiera, sino de uno de sus descendientes, en otras palabras, de un Hijo de David. De la tribu real de Judá. El Salmo 2 mira al futuro y espera un cumplimiento literal. El salmo no es un sueño exagerado, es la más pura profecía mesiánica, que se ha cumplido y que todavía se cumplirá plenamente. Hoy vivimos en el cumplimiento de este salmo, como muestra Hechos 13:32-34:

> *Y nosotros también os anunciamos la buena noticia de la promesa hecha a los padres, la cual Dios nos ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, como también*

está escrito en el salmo segundo:
«Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.»
Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: «Os daré las misericordias fieles de David.»

Las misericordias fieles de David son la promesa hecha a David, y con ello al pueblo del que él era rey, de tener un Hijo en el trono de David que habría de asumir un dominio mundial eterno (Isaías 55:3). *En Cristo esto se ha cumplido.* Israel tiene, en efecto, importancia para todo el mundo. Porque Jesús, un judío, de la tribu de Judá, está sentado ahora en el trono celestial. Él es el cumplimiento, o mejor aún, el sobrecumplimiento. *Porque él no llega a ser Hijo; él es el Hijo eterno de Dios, que se hizo hombre.* Engendrado por Dios, también como hombre es Hijo de Dios y, además, ha sido confirmado como tal en la resurrección:

… el evangelio de Dios (que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras) acerca de su Hijo (que era del linaje de David según la carne, y que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos), Jesucristo nuestro Señor.
Romanos 1:1-4

El segundo salmo describe el ritual de la subida al trono. El evangelista Marcos lo retoma y lo elabora en su evangelio. La entronización del rey en el Salmo 2:7-8 se refleja sobre todo en Marcos 1:11 y 9:7, pero toma una dirección distinta de

la que probablemente habrían esperado los lectores judíos, y luego se consuma en 15:39.

Salmo 2	Evangelio de Marcos
Unción del rey y don del Espíritu 2:2.6	«Unción» de Jesús como rey 1:11
Investidura en el monte Sion (subida del rey al trono) 2:6	Palabra de Dios a Jesús (y a Juan) (apertura de los cielos) 1:11 y 9:7
Mensaje de Dios a las naciones 2:6	Nombramiento de Jesús como Hijo de Dios 1:11 y 9:7
Legitimación del dominio y autorización del rey, nombramiento del rey por Dios como su Hijo 2:7	Gloria de Jesús en la transfiguración en el Hermón 9:2-3.7
Transferencia del dominio – dominio mundial del rey de Jerusalén 2:8	Autoridad de Jesús en exorcismos y milagros
Toma de las insignias del poder (cetro de hierro – desmenuzar vasijas de barro) 2:9	La vara de Jesús es la proclamación de su evangelio 1:14 (basado en Isaías 11:4 – «vara de su boca») Subida de Jesús al trono – camino de la cruz al Gólgota – la cruz como trono 15:16-19.39

Debo este estudio a Nenad Božović, del volumen colectivo «Christ of the Sacred Stories», 2017, Tubinga.

En el primerísimo versículo, Marcos comienza: *«Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.»* ¡Cristo, el Ungido, es el Hijo de Dios! Por fin se puede decir quién es la persona histórica del Mesías del Salmo 2. Pero ¿qué clase de Mesías es el que describe Marcos? La línea va directamente a la cruz, donde no un judío, sino un romano se une a la confesión inicial de Marcos: *Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar así había expirado, dijo: ¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!* (15:39)

Al principio, como en el Salmo 2, es Dios, el Padre, quien se dirige a su Hijo y pronuncia sobre él lo que es de un significado esencial y a la vez inconcebible: *Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia* (1:11). Así también en el centro del evangelio: *Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd* (9:7).

El descenso del Espíritu sobre Jesús puede considerarse, a la luz de la entronización del Salmo 2, como la «unción de Jesús como rey»: *Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él* (1:10). En el caso de Noé, la paloma volvió con una hoja de olivo, lo que nos permite identificar la paloma con el Espíritu de Dios (aceite de oliva = unción con el Espíritu Santo). Mediante el descenso del Espíritu, Jesús es legitimado y autorizado como el Mesías largamente esperado. Dios mismo, el Padre, lo hace: *Hallé a David mi siervo – lo ungí con mi santa unción* (Salmo 89:20). Se cumple otra palabra de Isaías: *He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento: he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones* (42:1). La relación de Dios con Jesús es única y está llena de amor, de afecto mutuo. Supera todas las relaciones que conocemos y llena la realeza de Jesús, como Hijo unigénito de Dios, de una dimensión y una plenitud nunca vistas.

La transferencia del dominio al rey mencionada en 2:8 ocurre en Marcos 1:11 por la unión con el Espíritu y se muestra en la autoridad de Jesús. Jesús enseña como quien tiene «autoridad» (1:22.27); su autoridad se reconoce también en la expulsión de demonios (1:24), lo cual se asemeja a la autoridad del rey en el Salmo 2:9. Su autoridad se reconoce también en que la aparición de Jesús trae consigo asombro y admiración (1:27), en que la noticia de su obra se difunde (1:28) y en que los milagros se multiplican (1:29-34).

La vara de hierro del Salmo 2:9, con la que los enemigos son desmenuzados como vasijas de barro, puede relacionarse con Isaías 11:4, un pasaje que habla de la «vara de su boca» del Mesías lleno del Espíritu. Si se aplica esto a la entronización de Jesús en Marcos 1:1-15, la vara de Jesús, el cetro real, puede entenderse como la «vara de su boca», *es decir, el cetro de Jesús es su proclamación del evangelio (1:14)*.

En 2:8 se le prometen al rey las naciones como posesión y se le transfiere el dominio mundial. Si consideramos esta promesa en el contexto de Marcos 1:11, surge la pregunta de qué naciones le fueron prometidas a Jesús como posesión y qué significan «los confines de la tierra» en este contexto. Una respuesta puede ser: todas las naciones a las que se anuncia el evangelio y que lo aceptan son las naciones que llegan a ser «posesión» de Jesús. El evangelio se anuncia hasta «los confines de la tierra». El primer miembro de una de estas naciones que llegan a ser posesión del Mesías Jesús entronizado es el centurión romano al pie de la cruz en 15:39.

En lugar de un aumento de su poder político, como se esperaba, la entronización en Marcos va en la dirección contraria: *el Mesías no aspira a ningún poder político.* Ante los discípulos está un Mesías que va a sufrir. Antes de la glorificación en el monte Hermón, Jesús anuncia una vez su sufrimiento en 8:31-33, y después de la glorificación otras dos veces, en 9:30-32 y 10:32-34. Si tenemos esto en cuenta, se podría entender por qué Jesús en Marcos nunca se presenta a sí mismo como Mesías o Hijo de Dios, sino que siempre usa otros términos que no despiertan falsas expectativas.

El último paso de la entronización de Jesús en 15:39 se había preparado antes en varios lugares: primero con la entrada de Jesús en Jerusalén, con la unción de Jesús por una mujer para su sepultura, luego en el juicio ante Pilato y, finalmente, en la burla de los soldados contra Jesús. En la entrada de Jesús en Jerusalén en 11:1-10, montado en el asno, se reconoce un paralelo con la entronización de Salomón, que entró en Jerusalén montado en la mula de David (1 Reyes 1:38). Esto explica el grito de la multitud, «*Bendito el reino de nuestro padre David*», en 11:10, que muestra que esperaba la restauración de la casa de David.

En su pasión, Jesús es disfrazado y revestido con los accesorios de un rey vasallo helenístico, con un manto de púrpura y una corona de espinas. El saludo «Salve, Rey de los judíos» representa el saludo habitual de homenaje ante el soberano y se parece al «Ave César». *Toda la escena está pensada como caricatura del ritual real.* A Jesús le golpean la cabeza con una caña y le escupen. Según Mateo 27:29, le ponen la caña en la mano derecha, convirtiéndola así en «cetro real». Con esta caricatura del ritual real, los soldados se burlan de Jesús y le niegan como soberano legítimo.

La subida a la colina del Gólgota (15:22) puede interpretarse como la subida de Jesús al trono. El lugar se convierte así en la contraimagen de Sion: mientras la entronización real en Sion en el Salmo 2 significa poder político, en la colina del Gólgota es entronizado el Mesías-Rey sufriente. *La cruz misma representa el trono real en el que Jesús muere como Rey de los judíos.*

El velo del templo que se rasga simboliza la apertura del acceso a Dios para todas las naciones, lo cual puede relacionarse con la expresión «dar las naciones como posesión» del Salmo 2:8. Esta apertura ocurre en la muerte de Jesús: *mediante la crucifixión de su Hijo, Dios se revela ante todas las naciones.*

Por último sigue la confesión del centurión en 15:39. A diferencia de los sumos sacerdotes judíos, el centurión no necesita ninguna señal para creer, sino

que llega a la fe al pie de la cruz. *Solo al pie de la cruz puede el lector entender quién es Jesús y qué clase de Mesías era.* Con ello se consuma la entronización de Jesús en Marcos.

¿Qué nos queda por decir al final de este recorrido por el segundo salmo y el Evangelio de Marcos? Las Sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento forman una unidad entretejida e inquebrantable. No se puede tener lo uno sin lo otro. *¡La profecía es una realidad divina!*

El Rey ha venido y vendrá por segunda vez. Él es nuestro Rey. Sigamos sin condiciones y ante todo el mundo, aquí y ahora, esta exhortación, que pronto todo el mundo obedecerá:

> *11 ¡Servid al SEÑOR con temor, temblad ante él y aclamadle con júbilo!*
> *12 Honrad al Hijo, para que no se enoje y perezcáis en vuestro camino equivocado – ¡porque pronto su ira se convierte en fuego que os consume! Bienaventurados todos los que en él buscan refugio.*

Las misericordias fieles de David como pacto eterno:

Y cuando tus días sean cumplidos y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Él edificará casa a mi nombre; y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. ... Y tu casa y tu reino permanecerán firmes delante de ti para siempre; tu trono será estable eternamente.

2 Samuel 7:12-16

1 ¿Por qué se amotinan las naciones? ¿Por qué traman los pueblos planes que de todos modos están condenados al fracaso?

2 Los reyes de este mundo están listos para el ataque, y los poderosos se alían entre sí para luchar contra el SEÑOR y contra el rey que él ha ungido.

6 Él dice: «¡Yo mismo he puesto a mi rey aquí, sobre Sion, mi santo monte!»

7 Entonces dice el rey: «Yo publicaré el decreto del SEÑOR; él me ha dicho: "Mi hijo eres tú, hoy te he engendrado.

8 ¡Dime lo que pides, y te lo concederé! Te doy todas las naciones por herencia, la tierra hasta sus últimos confines será tu posesión!

10 ¡Y ahora, reyes del mundo, entrad en razón; dejaos advertir, jueces de la tierra!

Salmo 2

Salmo de David.

El SEÑOR dijo a mi Señor:

¡Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies!

El SEÑOR enviará desde Sion la vara de tu poder; ¡domina en medio de tus enemigos!
Salmo 110:1-2
El Ungido en los salmos reales: 2:2; 20:6; 84:9; 89:38; 132:10

21 El regalo del Rey

Jesús lo había prometido. Cuando él se fuera, cuando ya no estuviera y los discípulos tuvieran que arreglárselas sin él, enviaría el Espíritu. Como su representante. Ese es el *Espíritu Santo*. Él está tan unido, tan identificado con Jesús, que Jesús puede decir que él mismo viene a ellos. Este Espíritu es Dios igual que Jesús, una persona que está en todas partes. Omnipresente. Jesús, como el Señor y Rey coronado, está ahora, por medio de este Espíritu, directamente junto a todos los que le aman. Es decir, junto a aquellos que creen en él y le obedecen.

También para este día del regalo del Espíritu hay todavía hoy un día festivo. Todo un fin de semana. *Pentecostés* se llama este acontecimiento histórico. Es una fiesta judía. Son cincuenta días entre la Pascua, es decir, la resurrección de Jesús, y la fiesta de Pentecostés. A los cuarenta días, Jesús fue al cielo. Diez días después, regala y envía el Espíritu sobre los discípulos que oraban en Jerusalén.

Eso significa diez días de fiesta de coronación y entronización del Rey en el mundo celestial. El cielo y sus habitantes se regocijan. El Hijo ha vuelto y ha llevado a cabo lo que había que hacer para salvar al mundo. Hay que celebrarlo. Y recompensarlo. El Padre regala a su Hijo – además del más alto lugar de honor – el Espíritu Santo.

Este Espíritu es ahora la mano y el ojo del Rey. Enviado por toda la tierra. Cristo está allí donde está el Espíritu. Está activo en todas partes. Busca, ayuda, libera, ilumina, impide desgracias y trae también juicio donde la injusticia se ha desbordado.

Por medio de este Espíritu gobierna él, el Mesías-Rey. Su dominio es real. Entre su gente, que le es leal. En su reino, que – mientras el Rey no haya vuelto – es invisible. Porque políticamente gobiernan los grandes de este mundo. Los fieles a Jesús a menudo son oprimidos. Incluso perseguidos. Pertenecen, como en otro tiempo Jesús mismo, a un *reino sufriente*.

El Espíritu de Dios, que el Rey ha enviado y regalado, es la prueba de que él es el Rey, el Altísimo, el primogénito de entre los muertos. Aquel que ahora, como hombre resucitado, ha recuperado toda la majestad y la riqueza divina que tenía antes de venir y antes de que el mundo existiera. Todo eso lo había dejado atrás cuando se hizo hombre. Había renunciado voluntariamente. Precisamente

esta gloria es la que el Espíritu de Cristo atestigua y confirma en la tierra. Sobre todo allí donde las personas la anhelan.

Este Espíritu de Dios vivo – o Espíritu del Mesías – es el lazo que lo une firmemente con sus discípulos en la tierra. Las distancias no son obstáculo para esta unidad y comunión. El Espíritu da testimonio del Mesías-Rey dondequiera que las personas oyen el evangelio y son tocadas.

El Espíritu es la fuerza para que los discípulos sean fieles al Rey. Es su guía, su entrenador, su defensor y abogado.

Se oyen algunos chistes sobre este Espíritu. Allí donde aparecen fenómenos inexplicables, pero totalmente insignificantes, él sería el causante. Un fantasma, por así decirlo. Lo importante es que este Espíritu está activo sin pausa. Con posibilidades divinas, ilimitadas. Para que las personas se encuentren personalmente con el Rey. Y lleguen a casa, a su reino. Está abierto a todos. Especialmente invitados están los débiles. Los que dudan. Los que lo han echado todo a perder. Los pecadores que saben que son pecadores. También la gente de bien que todavía no sabe que le necesita igual que los demás.

Este Espíritu de Dios, este Espíritu de Cristo, está activo en primera línea con el corazón de Jesús y con el corazón del Padre cuando se trata de salvar al mundo. Nos asombraríamos sobremanera si pudiéramos ver lo invisible con unas gafas especiales y en color. Por otra parte, sería inimaginable cómo sería nuestro mundo si el Rey no hubiera regalado este Espíritu.

Por eso dice el libro de Dios: «Cuando subió a lo alto, llevó cautiva a la cautividad misma y, a cambio, dio regalos a los hombres.

¿Qué significa la afirmación: «Subió»? ¡Pues también que descendió a las regiones más profundas de la tierra!

El que descendió es el mismo que también subió, muy por encima de todos los cielos, para llenar por completo el universo.

Efesios 4:8-10

Juan 14:18 + 28; 16:4 + 7; Hechos 1:5-8; 2; 5:32; Apocalipsis 1:4; 5:6; 2 Corintios 3:17.

22 El Rey como benefactor y como don

El rey bueno e ideal de la Antigüedad se distinguía por su beneficencia, con la que, naturalmente, también reclamaba su reconocimiento y contrapartidas como la lealtad. Así funcionaba entonces. El rey ideal de la Antigüedad es un benefactor generoso que se compromete con el bienestar de sus súbditos. Gobernaba, entre otras cosas, mediante una beneficencia ostentosa. Quizá eso era más un tópico que una realidad.

Jesús es el Cristo, el Mesías real, el rey ungido del linaje de David. Por tanto, cuando se habla de Cristo, el motivo del rey está más o menos presente. Como Rey de Israel y de todo el mundo.

La carta a los Romanos usa el motivo del rey en varios lugares. La base la pone directamente al principio, en 1:3-4:

> *… para anunciar el evangelio de Dios, que él había prometido desde hacía mucho por sus profetas en las santas Escrituras – el evangelio acerca de su Hijo, que según la carne era del linaje de David, pero que según el Espíritu de santidad fue declarado Hijo de Dios con poder desde la resurrección de entre los muertos: el evangelio de Jesucristo nuestro Señor.*

A esto vuelve una y otra vez, y sobre ello construye. Con ello termina también la carta, con aquel que reinará como rey y en quien esperarán las naciones (Romanos 15:7-13). Su sufrimiento y su disposición al sacrificio no pueden hacer callar la fidelidad de Dios: Dios le regala el dominio sobre el universo al regalarle el trono. El dominio de Adán en el principio está marcado por la desobediencia, el pecado y la muerte. El dominio de Cristo, en cambio, por la obediencia, la justicia y la vida. La muerte no pudo retenerle, fue resucitado por la gloria de Dios y está ahora entronizado a la diestra de Dios. El ideal real de Pablo es verdaderamente programático: es un diálogo mesiánico en Romanos 5-8 y en toda la carta.

Romanos 5:1-11 es un resumen de todo lo dicho hasta ese punto y, al mismo tiempo, la base de lo que viene después. Este texto está enmarcado en los versículos 1 y 11 con las palabras «*por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (así como toda la carta está enmarcada de forma real entre 1:1-7 y 15:7-13). Este texto de Pablo

puede contemplarse desde la perspectiva del beneficio o la beneficencia real. Eso arroja sobre él una luz especial, y probablemente también así lo entendieron los lectores originales.

El don real sobresaliente libera, fortalece y preserva a sus seguidores. Así también con Cristo y los suyos.

El rey ideal traía a su pueblo o a una ciudad paz y reconciliación. *Así tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.* Por medio de él, el benefactor real, tenemos acceso a Dios. Acceso a los aposentos reales. Allí tenemos carta de ciudadanía, se nos permite vivir allí, 24/7. Para alguien que no era digno, desconocido e insignificante, o un enemigo, este acceso estaba fuera de toda posibilidad.

Pablo describe al Mesías ofreciendo un sacrificio, cosa que también hacían los reyes de la Antigüedad. Pero este sacrificio es él mismo, con la entrega de su vida. Podía ocurrir que un rey se sacrificara en la guerra por su pueblo o estuviera dispuesto a hacerlo. En todo caso, eso lo esperaba de sus súbditos, sobre todo de sus soldados.

Pero lo que deja atrás todo esquema habitual del rey benefactor de la Antigüedad es *a quién beneficia aquí el favor.* No son precisamente los justos y dignos u honorables los que hallaron gracia ante los reyes. Aquí son los pecadores, los enemigos, los que son reos de muerte. *Esa es la gran sorpresa: un rey muere por sus enemigos y ni siquiera puede esperar que le sirvan, como se conocía en la Antigüedad.* Porque allí se daba un regalo con la expectativa de recibir una contrapartida, de la forma que fuera. Así, en todo caso, funcionaba la beneficencia.

También el tema del sufrimiento se trata dentro de este diálogo real. Un don real significaría normalmente poner fin al sufrimiento. Pero aquí el sufrimiento permanece, porque solo terminará definitivamente en el futuro glorioso del reino mesiánico de Dios. Perseverar en el sufrimiento, y gloriarse en el sufrimiento, es una forma de expresar la lealtad al Rey, a nuestro Cristo.

1 Así que ahora hemos sido justificados a causa de la confianza. Por eso tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor, el Mesías Jesús.

2 Por medio de él tenemos ahora también, a causa de nuestra confianza, libre acceso a esta experiencia de la gracia de Dios. En ella estamos firmes y, llenos de orgullo, confiamos en la esperanza de la gloria maravillosa de Dios.

7 Muy rara vez ocurre que una persona vaya a la muerte por otra persona, por alguien que es justo. Sí, quizá alguien se atreva a morir por una persona realmente buena.

8 Pero Dios ha mostrado con toda claridad su amor por nosotros en que el Mesías fue a la muerte por nosotros cuando todavía éramos transgresores de la ley.

10 Porque así es: cuando todavía éramos enemigos de Dios, Dios nos reconcilió de nuevo consigo mediante la muerte sacrificial de su Hijo. Y eso significa también que, con mayor razón, ahora que estamos reconciliados con él, experimentaremos la salvación por su vida.

11 ¡Y no solo esto! Sino que también hablamos con orgullo de Dios, por medio de nuestro Señor, el Mesías Jesús. ¡Porque por medio de él hemos sido reconciliados!

Romanos 5:1-11

Y en otro lugar del libro de Dios se dice: «¡Alegraos, naciones, con su pueblo!»

Y en otro lugar: «¡Alabad a Dios el Señor todas las naciones, y que todos los pueblos le alaben!»

También el profeta Isaías dice: «El que en realidad es la raíz de Isaí se levantará para gobernar sobre las naciones. ¡Sí, los pueblos esperarán en él!»

Romanos 15:10-12

23 La riqueza del Rey

Un rey es rico. Normalmente. Tiene grandes posesiones. Pero ¿qué es la riqueza en un mundo pasajero? ¿Y qué vale la riqueza si ha sido robada al propio pueblo? ¿Si solo unos pocos son ricos, pero muchos son pobres?

El Mesías-Rey Jesús es el Hijo de Dios. Él es el heredero que lo recibe todo. Todo el universo. Todo lo que existe. Le pertenece.

La riqueza no es solo posesión material. Hay cualidades éticas y morales en las que uno puede ser pobre o rico. La bondad, la gracia, el amor y la justicia, la verdad y la amabilidad, la generosidad y la sabiduría son las virtudes que uno desea en un rey. Jesús las vivió como hombre. Estos rasgos le han quedado; también como el Altísimo ha seguido siendo tal como lo describen los evangelios.

El poder y la riqueza a menudo cambian a las personas. No siempre para bien. Jesús era, es y sigue siendo el mismo por la eternidad. Para nosotros, los seres humanos, esa es una buena noticia. Una constante. Para nosotros, aquello en lo que podemos confiar.

Su riqueza en gloria supera el oro, la plata y las criptomonedas. Su riqueza es la nueva creación, más allá de la muerte y de la fugacidad.

Es impresionante leer que él considera a las *personas* por las que murió, y que le están entregadas como seguidores fieles, como su riqueza. Como su valiosa propiedad. Las personas son la mayor riqueza, si somos sinceros. Hacen rica nuestra vida; sin ellas seríamos pobres.

Jesús enriquece. *Comparte toda su riqueza, su lugar de honor, con todos los que quieren pertenecerle.* Ya sabéis, dice una palabra de la Biblia, en qué se ha mostrado la gracia de nuestro Señor Jesucristo: *que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.*

Cuando se trata de las cosas buenas, nosotros, o la mayoría de nosotros, no tenemos mucho que ofrecer. Reconozcámoslo sinceramente: somos mendigos. Y él es el Rey que se hizo pobre. «El príncipe y el mendigo», de Mark Twain, es el brillante relato del príncipe Eduardo, que cambia su ropa por la del muchacho mendigo Tom. Por una equivocación lo toman por Tom y vive entonces la vida de un mendigo. Una comparación pobre, pero aun así acertada. Jesús deja atrás

la gloria celestial, el resplandor eterno. No se aferra a ello. Voluntariamente renuncia a todo eso para alcanzarnos. Para que veamos y oigamos de cerca cuán en serio lo dice. Nuestra riqueza era su meta.

Ahora está de nuevo allí de donde vino. Todo lo que tenía lo recibió de vuelta. Ahora como hombre. Para poder compartirlo con los seres humanos. Su riqueza es su propia gloria, la gloria del SEÑOR (en alemán, *HERRlichkeit*). También su santidad. El profeta Isaías tuvo una visión que le hace estremecerse. Ve al Señor sentado sobre un trono alto y sublime. Ángeles lo rodean y le sirven. Los ángeles proclaman sobre el que está sentado en el trono: *¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!* Isaías está tan asustado que dice: *¡Ay de mí, soy un hombre pecador!* Porque mis ojos han visto lo que en realidad no se puede ver: *Porque han visto mis ojos al Rey, el SEÑOR de los ejércitos.*

El Mesías-Rey es como un cordero. Pero, al mismo tiempo, también como un león. Su gloria es salvaje, indómita y aterradora, pero a la vez amorosa, suave y amable. Dios y su Cristo siguen siendo también un misterio para nosotros. Él es más grande de lo que podemos pensar. No necesitamos tener miedo. Reverencia, sí. Los pecados de Isaías fueron perdonados. Cuando Jesús nos limpia con su sangre, podemos vivir en su luz. El perfecto amor echa fuera el temor.

Su riqueza es nuestra riqueza. No solo es generoso; es derrochador cuando se trata de su gente. Pongámonos en camino y conozcamos esta riqueza. ¡Qué Rey, que no recauda impuestos, sino que colma de regalos a todos los habitantes de su reino!

¡No hay nadie semejante a ti, oh SEÑOR! Grande eres tú, y conocido por tu poder. ¿Quién no te temería y te honraría, Rey de las naciones? A ti te corresponde, porque entre todos los sabios y reyes del mundo nadie se te puede comparar.

Jeremías 10:6+7

Salmo 50:10; Hebreos 1:2; 13:8; 2 Corintios 8:9; Isaías 6:1-7; Juan 17:22; Efesios 2:6-7.

24 Nuestro Rey: mediador e intercesor

Un rey era considerado mediador entre los dioses y los seres humanos. Así eran la cosmovisión y la fe en la Antigüedad. Su papel de mediador se expresaba en la función del sacerdote de más alto rango. De Augusto y de su evangelio ya hemos oído. Es el primer emperador que asume el título de Pontifex maximus y que, con ello, como emperador, se convierte también en jefe religioso.

El título Pontifex maximus designaba originalmente al guardián supremo del antiguo culto romano a los dioses y pasó después a los emperadores romanos. En aquella época, la política y la religión estaban estrechamente entrelazadas. Así, desde Nimrod en Babel hasta los faraones en Egipto, la religión y la política estaban en una sola mano.

Pontifex significa *constructor de puentes*. Él mantenía la conexión con el mundo de los dioses.

Todas estas funciones y cargos de honor se unen de manera perfecta en Jesús, el Cristo. Él no es solo el fin del servicio sacerdotal aarónico del antiguo pacto. Es el fin de todo culto a los dioses con sus servicios sacerdotales y sacrificiales, tal como era habitual entre los romanos y las demás naciones y constituía una fe omnipresente y cotidiana.

Es Cristo quien ha conducido a su pueblo a Dios. Es él quien intercede ante Dios por su pueblo como sumo sacerdote, si se quiere, como Pontifex maximus. Intercede por nosotros y pide para nosotros la bendición y la ayuda de Dios. Sale como sacerdote real del santuario celestial hacia su pueblo y nos trae bendición.

Intercede por nosotros como ningún otro puede hacerlo. Nos entiende, conoce nuestro corazón y nuestro ánimo, sabe lo que nos falta, y nos lleva con todo ello ante el trono del Altísimo. Por eso con él estamos en las mejores manos. Él es el mediador entre Dios y los hombres. Es él quien ha establecido la relación con Dios y ha hecho la paz mediante su sangre, derramada en la cruz.

Como Jesús no viene de la tribu de Leví ni pertenece a la familia de Aarón, sino que nació de la tribu real de Judá, Dios previó un nuevo orden sacerdotal. Lo había preparado, o hecho posible, mucho antes del sacerdocio aarónico. Ahora Cristo es sacerdote según el orden de *Melquisedec*. Este vivió en tiempos

de Abraham y se encontró con él, el padre de los creyentes. Era rey de Salem y sacerdote del Altísimo. Es decir, rey y sacerdote en una sola persona. En esta «doble función» es una figura del Señor Jesucristo. Este ha sido instituido por Dios como sacerdote y rey para siempre.

Pero este, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar perpetuamente, sin ninguna limitación, a los que por él se acercan a la presencia de Dios. Porque vive para siempre y por eso intercede sin cesar por ellos.

Hebreos 7:24-25

1 Pedro 3:18; Hebreos 2:17; 4:14-16; 5:5-10; 7:25; 8:6; 9:15; 12:24; Romanos 8:34; 1 Timoteo 2:5; Génesis 14; Salmo 110:4.

(Canción en su versión original alemana)
Heilig, Heilig, das Lamm Gottes
Das geopfert ist
Lob und Ehre, sei Dir dem König
Auf dem Gnadenthron
Die ganze Schöpfung singt und
Preist dich, den König
Du bist mir alles Herr
Und ich will dich ehren
Letra: Anja Lehmann

25 La sabiduría del Rey

Para un pueblo, su rey era el más sabio de todos los hombres. Aunque solo fuera un rumor. Un rey era también el juez supremo de su pueblo. La última palabra la tenía él. Su sentencia tenía consecuencias para las personas; por eso tenía que ser verdadera y justa.

Hace mucho tiempo, dos mujeres se presentaron ante el rey Salomón. Discutían por un niño recién nacido. Cada una había dado a luz un hijo. Uno murió. La madre del niño muerto cambió en secreto el muerto por el vivo. La madre engañada lo nota enseguida. Pero ¿cómo podía demostrar el engaño, sin prueba genética? ¿Cómo iba a decidir Salomón, si él no estaba presente, si no había testigos? Salomón toma una espada para partir al bebé en dos. Una mitad para cada mujer. Por la reacción de las mujeres se da cuenta de quién es la verdadera madre. La madre auténtica quiere salvar al niño, aunque la impostora se quede con él. A la otra, en cambio, le da igual que maten al niño. Una sabiduría asombrosa. Salomón no había pedido a Dios riqueza ni poder, sino sabiduría. Y le fue concedida. De cerca y de lejos venían a pedirle consejo.

Jesús dijo una vez algo que casi se pasa por alto al leer: «Porque ella – la reina de Sabá – vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón – ¡y he aquí uno que es *más que Salomón*!» Jesús impresionaba por su sabiduría. Cuando hablaba y predicaba, se abría otro mundo. Distinto del de los escribas. El Espíritu de sabiduría hablaba por medio de él. Su sabiduría era del cielo, pura, para gente sencilla. No elevada por encima de las cabezas. Como el agua de manantial más clara eran sus palabras. Refrescantes, vivificantes, purificadoras.

En Cristo, el Mesías-Rey, nos encontramos con la sabiduría de Dios. Ella se ocupa de nosotros, los seres humanos, porque estamos en una crisis sin salida. Su sabiduría se hace cargo de nosotros. Y nos conduce a la libertad. Un verdadero éxodo. El Rey nos saca. Él conoce el camino. En él, dice el apóstol Pablo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Estar con él, escucharle, es la mejor decisión que se puede tomar.

La sabiduría es la capacidad de llevar el conocimiento y la experiencia a la vida cotidiana y de tomar buenas decisiones. Decisiones que sean buenas para

todos. Con futuro. Aunque hoy supongan recortes dolorosos y renuncias.

A los políticos les deseamos sabiduría. Los bendecimos con sabiduría en el nombre de nuestro Rey. Su tarea es más desafío que privilegio. ¿Quién tiene las mejores soluciones, quién las respuestas que los gobernantes necesitan para conducir a una nación a través de tiempos difíciles? También para nuestros políticos el cielo está abierto para repetir la petición de Salomón.

¡Quien percibe que le falta sabiduría, que se la pida a este Rey, el rey más sabio de todos los tiempos! Él dice que la regala con gusto a todo el que se la pide. Sin hacer reproches. El fracaso y el pecado que reconocemos no son para él motivo para retener la sabiduría.

¡Qué Rey, que regala de su sabiduría y no se la guarda para sí! Aprendamos de él. La sabiduría es más que el conocimiento. Es una vida al lado del Rey. En comunión con aquel que es llamado *la Sabiduría*, que estaba con Dios antes de que existiera la tierra. El temor de este Señor es el principio de la sabiduría.

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura y clara; después es pacífica, amable, benigna. Está llena de misericordia y produce muchas buenas obras. No conoce ni prejuicio ni hipocresía.

Santiago 3:17

1 Reyes 3:5-10; 16-28; 5; Lucas 11:31; Colosenses 2:3; Marcos 1:22; Proverbios 1:7; 8:22-30; 1 Corintios 1:30; Santiago 1:5; 3:13-17; Apocalipsis 5:12.

(Canción en su versión original alemana)
EIN KÖNIG VOLLER PRACHT,
Voll Weisheit und voll Macht.
Die Schöpfung betet an, die Schöpfung betet an.
Er kleidet sich in Licht. Das Dunkel hält ihn nicht
Und flieht, sobald er spricht, und flieht, sobald er spricht.
So groß ist der Herr, sing mit mir.
So groß ist der Herr.
Ihn preisen wir.
So groß, so groß ist der Herr.
Von Anbeginn der Zeit bis in die Ewigkeit
Bleibt er derselbe Gott, bleibt er derselbe Gott.
Als Vater, Sohn und Geist, den alle Schöpfung preist,
Als Löwe und als Lamm, als Löwe und als Lamm
Letra: Arne Kopfermann

26 La ley real de Jesús

Para los antiguos griegos, y también para los judíos, un buen rey era uno que hacía buenas leyes. Y que también las cumplía él mismo. Si Jesús es un rey, ¿qué leyes ha promulgado? ¿Fue un legislador? Jesús escandalizó a sus contemporáneos judíos cuando dijo lo siguiente en el llamado Sermón del Monte:

> *«Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.»*

¿Amar a los romanos? Eso es escandaloso. Eso lo pone todo patas arriba. Mandar el amor a los enemigos es una cosa; vivirlo también, otra. La historia de la pasión de Jesús demuestra que él mismo cumple también su mandamiento. Aunque, a petición suya, doce legiones de ángeles habrían estado preparadas para salvar a Jesús, renuncia a ser liberado. No se defiende. En la hora de su muerte en la cruz, ora por sus torturadores:

> *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

El Mesías-Rey era la ley encarnada. Era el Logos, es decir, la Palabra de Dios. En su Sermón del Monte, por así decirlo el manifiesto de su reino, muestra que el amor a los enemigos es la esencia del Padre celestial. Y que siempre lo fue. No solo vivió el mandamiento del amor, sino también el del *amor a los enemigos*. Actuar como él es la condición para llegar a ser hijo e hija de este Padre. El Hijo unigénito, el virrey de Dios, encarna esta esencia de su Padre. El amor es el latido del reino del Padre, que ama a su Hijo. Y que hace de este amor la medida de su reino.

Como Rey, Jesús dio a su pueblo un mandamiento nuevo que él mismo vivió como ejemplo:

> *«Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.»*

Santiago, el hermano carnal de Jesús, lo había entendido y escribe:

Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», bien hacéis.

Este Rey era de principio a fin lo que decía y exigía. Ningún mandamiento arbitrario solo para demostrar el derecho a ser legislador. Su mandamiento es el amor incondicional, que puede vencer la enemistad y cambiar a las personas como ninguna otra cosa.

En su reino rige su ley. Siempre. Donde no se cumple, no está su reino. Y quien no cumple este mandamiento no pertenece a este reino.

La ley de Cristo, del Mesías-Rey, significa llevar la carga del otro. Es una ley de libertad. Es decir, una ley que hace libre. De nosotros mismos. Y quizá libera al prójimo de su carga. Así como el Rey lo hizo con nuestra carga, que nos quitó.

¿Quién no querría tener un rey así?

Pues bien, si de verdad os guiáis por la ley real, tal como está establecida en la Escritura: «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!», entonces obráis bien y rectamente.

Santiago 2:8

Mateo 5:43-48; 26:53; Lucas 23:34; Juan 1:1-3; Colosenses 1:13; Juan 13:34; Santiago 1:25; 2:8 + 12; Gálatas 6:2.

27 El encargo del Rey

Un rey expresa deseos que se entienden como órdenes. Encarga tareas a sus súbditos. Ellos cumplen lo mejor posible lo que él pide. Cuando Jesús fue al cielo, dio un encargo a sus discípulos:

> *«Al verle, ellos (los discípulos) se postraron ante él; pero algunos todavía dudaban. Jesús se acercó a ellos y les dijo:*
> *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.*
> *Por tanto, id a todas las naciones y haced discípulos míos a las personas; bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar todo lo que os he mandado.*
> *Y estad seguros: yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»*

En efecto, aquí está el Rey del cielo y de la tierra – ¿quién más tiene toda autoridad, no solo en la tierra, sino también en el cielo? Pero este poder no lo usa para someter a los reyes y naciones de la tierra. No, quien da el mandamiento del amor a los enemigos quiere *ganar* a las personas. No obligarlas. Usa su poder para que todas las naciones reconozcan quién es él y cómo es.

En última instancia, su poder y su autoridad lo abarcan todo y son reales. Este Rey puede poner fin a la historia de este planeta cualquier día. Podría hacer que el mundo viera y sintiera su poder y su dominio. Los dictadores lo hacen así. Su dominio es distinto. Su ley es la de la libertad. Por convicción deben las personas seguir a Jesús y honrarle.

El sueño del Rey es que todas las personas le conozcan y lleguen a ser sus discípulos. Para regalarles lo que no pueden recibir en ninguna otra parte: gracia, perdón, vida eterna, libertad, descanso.

¿Cómo pueden las personas conocer a este Rey que está ahí para ellas? Todos los discípulos tienen el privilegio de llevar a las personas a este Rey. Imaginémoslo literalmente. Por un lado, tener el favor del Rey del universo, conocerle personalmente, incluso en privado, 24/7, tener audiencia con él siempre y sin interrupción. Y poder traer con nosotros a todos los que pregunten por ello o se enteren por medio de nosotros. ¡Llevarlos al Rey! Y saber que todos ellos son más que bienvenidos ante él. Porque él espera a cada uno.

Y, sin embargo, también: ¿cómo reclama ahora este Mesías-Rey Jesús el mundo como su propiedad? Enviando al mundo embajadores con la buena noticia. Ellos proclaman al verdadero Rey y, con ello, la obediencia de la fe. Así, el evangelio es también como una orden que se cumple. El mensaje es claro: al emperador del mundo y a sus órdenes se les presta obediencia. Al Señor Jesús, al Señor de señores y Rey de todos los reyes, se le *es* obediente. Más aún que al emperador, aunque a Jesús no se le vea. Por eso el término para nuestra lealtad y fidelidad es la «*obediencia de la fe*».

El encargo se cumplió y se sigue cumpliendo. Se encuentra en su fase final: muchas personas han oído hablar de este Rey. Gracias a muchas personas que, sin miramientos para consigo mismas, se fueron a las regiones más remotas para dar a conocer al Rey. Empezó en pequeño. El valor de los discípulos cambió el mundo. Sabían quién estaba detrás de ellos. Y quién está hoy detrás de cada seguidor de Jesús y de cada uno que confiesa a Jesús. Aquel a quien se le ha dado todo poder.

No necesitan temer a nadie. La última palabra, en la vida y en la muerte, la tendrá el Rey.

¡Este libro es una invitación a venir al Rey! ¡Una invitación, o un recordatorio, para confesar al Rey! Con este Rey siempre es posible volver a empezar. El perdón, la gracia y la libertad son las leyes de su reino.

Todos los reyes se postrarán delante de él, todas las naciones le servirán.

Porque él será el salvador de los necesitados que claman pidiendo ayuda, de las personas que sufren y no tienen quien las ampare.

Tendrá misericordia de los débiles y necesitados, y será el salvador de la vida de los que están en apuros.

De la opresión y de la violencia los redimirá, porque su vida es preciosa a sus ojos.

¡Viva el Rey!

Salmo 72:11-15

Mateo 28:16-20; 1 Timoteo 2:4-5; Romanos 1:15; 5:2; 16:26; Efesios 2:18; 3:12; Hechos 17:30-31.

28 Por el Rey: fe y fidelidad

Es un gran honor servir a este Rey. Jurarle fidelidad. Él es digno de poseernos. Como su propiedad más personal.

¿A quién entregamos nuestra vida? ¿A quién o a qué somos fieles, de forma muy consciente o sin darnos cuenta? ¿Qué ídolos nos dominan? ¿A quién pertenecemos? ¿Qué es sagrado para nosotros? ¿A quién nos hemos entregado? ¿Nuestro tiempo? ¿Nuestro dinero? ¿Nuestra atención?

¿Las redes sociales? ¿Facebook e Instagram? ¿La religiosidad? ¿El prestigio? ¿La vanidad? ¿El deporte? ¿El egoísmo? ¿La comida? ¿El alcohol? ¿La nicotina? ¿Las posesiones? ¿El dinero? ¿El poder? ¿El sexo? ¿El éxito? ¿La carrera profesional?

No se trata de si estas cosas, o algunas de ellas, son buenas o malas, santas o pecaminosas. Lo decisivo es qué papel desempeñan en nuestra vida. Una pregunta para todas las personas. Para los que sirven al Rey o lo intentan. O que solo conocen su nombre. Y para aquellos que no conocen al Rey y no saben quién es ni cómo es.

Un rey exige fidelidad y obediencia ya en virtud de su cargo. Una fe que solo asiente o tiene algo por verdadero está muerta. No crea ninguna unión con el Rey. *La obediencia de la fe es aquello a lo que el Rey nos llama.* Su deseo es para nosotros una orden. Si seguimos a este Rey, solo es posible del todo. Las medias tintas tampoco funcionan aquí.

Cueste lo que nos cueste estar de su lado, es y sigue siendo el lado correcto. El del vencedor, que primero lo dio todo por nosotros. Nuestra fidelidad es gratitud. Nuestra entrega es nuestro deber. Voluntaria y sin coacción. Un leproso volvió por gratitud, pero diez habían sido sanados. Esta vida tiene el mejor futuro. Hoy significa no tener en esta vida terrenal ventajas especiales frente a quienes ignoran a nuestro Rey. Una vida sin este Rey puede ser más sencilla y más cómoda. Por eso, dice Jesús, uno debería calcular los gastos antes de seguirle.

El seguimiento, así lo dice Jesús, significa tomar su cruz. Es decir, entregarse a otros y estar ahí para ellos. Poner a otros, y no a mí, en el primer lugar de la vida. Tener la vida de Jesús como modelo. Amar y servir de verdad.

Por cierto, este seguimiento es a menudo un subir y bajar. Nunca perfecto. No solo logro y éxito, sino igualmente derrota y decepción con nosotros mismos. También dudas y preguntas sin respuesta. Una vida de fe, precisamente. No de vista. Eso, por temporadas, es todo un desafío.

La fe y la fidelidad (en griego: pistis; en latín: fides) significaban en la sociedad romana una lealtad mutua y constante. La fides mantenía unida a la sociedad – compromiso y lealtad, dar y recibir, fiabilidad y fidelidad están unidos en esta palabra. En primer lugar, la lealtad se debía al emperador, que a su vez también la debía a su pueblo. La fidelidad a Jesús, el Señor, es lo que constituye el ser cristiano.

¿Vale la pena la fidelidad, con todas las incomodidades, fatigas, renuncias y persecuciones que puede traer consigo? Jesús dice que en una vida así hay ya aquí, es decir, antes de que comience el futuro de Dios, alegría y bendición. Pero al final, la vida eterna como recompensa de toda fatiga. Una vida indescriptiblemente hermosa, profunda, segura, plena y rica con el Rey. Pronto, real y visible en su reino eterno.

Las letras de canciones citadas a continuación no son nostalgia. Y menos aún romanticismo. Tampoco describen al cien por cien la realidad de vida de los seguidores de Jesús o de los fieles al Rey. Son más bien oración, deseo o meta.

(Canción en su versión original alemana)

Ein Leben gegeben für den Herrn der Welt
Ein Leben gegeben für das, was wirklich zählt
Ein Leben für Gott, für ihn allein, das soll mein Leben sein
Lukas Di Nunzio



1 Corintios 6:12; 1 Juan 5:21; Lucas 16:13; Lucas 14:25-33; 17:11-19; Marcos 10:28-31; Mateo 25:21-26; Efesios 1:1; Colosenses 1:7; 4:7; Apocalipsis 2:10 + 13; 17:14.

(Canción en su versión original alemana)

Für den König, für den Herrn
Für ihn geben wir uns hin
Seine Ehre unser Ziel
Nichts bedeutet uns jemals so viel
Für den König, für sein Reich
Alle Menschen sind hier gleich
Lamm und Löwe sind vereint
Und das Licht der Gerechtigkeit scheint
Alle Ehre König Jesus
Unsere Herzen, sie fliegen dir zu
Wir erheben deinen Namen
Der allein wahre König bist du
Albert Frey

29 El Rey y su pueblo

De un buen rey de la Antigüedad se esperaba que pacificara pueblos y tribus. Que mantuviera unido su reino y lo guiara como un buen pastor. Que tratara a su pueblo con bondad. El buen rey encarnaba todas las virtudes que se consideraban deseables. Incluso cuando eso no correspondía a la realidad de la vida.

Jesús, el Mesías-Rey, ha sido instituido por Dios como cabeza del universo. Como cabeza real sobre todo y sobre todos, trae al cosmos quebrantado la sanidad y la restauración largamente anheladas. Bajo él, como cabeza, todas las cosas llegarán a su lugar y quedarán sanas. Él vuelve a unir lo que debe estar unido. Elimina el desorden y todas las fuerzas de destrucción. Bajo su «jefatura» real todo será reunido. Pero eso es música del futuro.

Pero: ya ahora el Rey ha traído la paz. Él, el Príncipe de paz. Entonces, en tiempos de Jesús, Israel era la nación que tenía derecho exclusivo a las promesas de Dios. Pero el Mesías resucitado envía a sus discípulos a todas las naciones. Todas las personas están invitadas y son bienvenidas. Para nosotros, los europeos, una buena noticia. En los comienzos no fue un proceso fácil unir a judíos y naciones en igualdad de derechos. Pero el Cristo ha traído precisamente esta paz y ha unido a judíos creyentes en el Mesías y a gentes de las naciones de todos los países de la tierra. Ahora son su pueblo, en el que desaparecen las antiguas fronteras nacionales. Unidos en *un nuevo hombre*. El Cristo, la cabeza, crea una unidad como una nueva creación.

La unión de judíos o israelitas con personas así de las naciones es tan estrecha que se puede comparar con un cuerpo, con un organismo. Cristo es la cabeza, y su pueblo, formado por todas las personas, es su cuerpo.

Judíos y naciones llegan a ser ahora juntos ciudadanos de su reino. Así, tienen por así decirlo dos identidades. Por un lado, siguen siendo lo que eran antes. Ciudadanos de su país. Pero, además, son incorporados al cuerpo de Cristo. Llegan a ser ciudadanos de otro reino, de un reino celestial. Este último permanecerá para siempre.

A los edificios de las iglesias se los llamaba *basílica*, dejando claro con ello que son la casa del soberano, del *basileus*, es decir, del rey. De ahí se deriva basílica. El lugar donde el pueblo del Rey se encuentra con el Rey lleva este nombre.

Ciertamente, para esta reunión no hacen falta edificios especiales, ni siquiera edificios. Pero donde los hay, son una expresión de reverencia hacia el Rey.

La pacificación de muchos pueblos en el cuerpo de Cristo es un acontecimiento eminentemente político de dimensiones cósmicas. Cuando personas de muchos pueblos, con todas sus particularidades y su pasado, entierran su enemistad al pie de la cruz de Cristo, eso tiene efectos palpables. También en la sociedad de la que forman parte. Allí donde reina el Rey de la paz, cesan la violencia, la discriminación y las peleas.

Cuando se juntan tantas etnias, eso es muy desafiante. Esta paz que trajo el Rey tiene que ser guardada como la niña de los ojos. Aceptar a los demás y tomarlos en serio. Perdonar y cubrir el pecado. No tomarse demasiado en serio a uno mismo, en otras palabras: amar al prójimo como a uno mismo es el ethos de esta nueva comunidad del Rey.

Es un regalo impagable y un honor pertenecer al pueblo del Rey. No de un rey cualquiera. Nuestro Rey, si usted pertenece a este pueblo, es el Rey sobre todos los reyes. Nosotros, como su pueblo, tenemos privilegios increíbles. Audiencia ininterrumpida en la sala del trono de su Majestad. El Rey a nuestro lado. Él está con su pueblo, con cada uno en particular. Su futuro es nuestro futuro. Su riqueza es nuestra riqueza. Su fuerza nos la ha dado. Pero esta no se perfecciona en el dominio y la autoridad, sino en la debilidad. Su fuerza nos hace experimentar y hacer lo que solo él puede. La fuerza que estaba en Jesús, el Nazareno, actúa también en nosotros.

Porque el SEÑOR es nuestro juez, el SEÑOR es nuestro legislador, el SEÑOR es nuestro Rey. Él mismo nos salvará.

Isaías 33:22

Efesios 1:9-11; 2:11-22; 4:1-6; Isaías 9:6; Gálatas 3:28; Colosenses 3:10+11; 1 Corintios 12; Apocalipsis 1:5; 19:16; 1 Timoteo 6:15; Hechos 1:4-8.

30 A la mesa del Rey

Esta historia de la vida del rey David no es corriente. Una vez afianzado su reinado, busca descendientes o parientes del difunto rey Saúl, su predecesor. Este lo había perseguido e intentado matar. ¿Quería David vengarse ahora? Se encontró a un nieto de Saúl, hijo de Jonatán, llamado Mefi-boset. Tenía una discapacidad, era lisiado de ambos pies. Necesitaba ayuda y no podía moverse solo. Imagínese: David invita a este hombre a su mesa. No una sola vez, sino cada día, durante toda su vida, puede comer con el rey.

A eso lo llamo amor, e incluso amor a los enemigos. Y el lisiado Mefi-boset muestra lo indefensos que estamos los seres humanos. Llegar a Dios solo es posible con su ayuda. Tenemos una discapacidad, no física, sino espiritual. Solos no venimos; tenemos que ser llamados. Estamos demasiado distraídos, somos demasiado inteligentes, demasiado incrédulos.

Jesús, el Cristo, nos invita a su mesa. Le encanta cultivar la comunión, conversar, disfrutar, alegrarse juntos.

Quizá usted ya haya oído hablar de la *Cena del Señor*. De la *Eucaristía* o del *partimiento del pan*. El Rey instituyó una comida de recuerdo. El pan y el vino recuerdan la muerte en la cruz del Rey y su sangre, que derramó por nosotros. Cuando celebramos esta comida conmemorativa, proclamamos la muerte de nuestro Rey. Hasta que él vuelva, con majestad real.

Aunque no vemos al Rey, él está presente de forma invisible. En todo lugar donde su gente está reunida y le honra, piensa en él, le da gracias y le alaba. Una comunidad unida por un juramento de fieles al Rey, que han perdido su corazón por Jesús. A los que nada puede impedir amar a este Rey y serle fieles.

Esta mesa del Rey es cosa de fe. En torno a ella se reúnen los discípulos de Jesús mientras el Rey está en el exilio. Se ven y se animan mutuamente cuando celebran la comida conmemorativa. Cuando haya pasado este tiempo intermedio, el Rey celebrará junto con su gente. Ya no en la fe, sino en una realidad visible y tangible.

Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; me recibes en fiesta junto a ti, y mi copa está rebosando.

Salmo 23:5

2 Samuel 4:4; 9; 2 Samuel 19:24-30; 21:7; Mateo 26:26-30; Marcos 14:22-26; Lucas 22:14-20; 1 Corintios 10:14-22; 11:20-34; Salmo 23:5; Hebreos 13:10.

(Canción en su versión original alemana)

Königlich strahlt Dein Licht
Du bist ewiglich
Niemand kommt Dir gleich
Sanftmütig führst Du mich
Hin zu Deinem Licht
Ich darf bei Dir sein
Sei Du der Mittelpunkt in meinem Leben
Der Mittelpunkt in meinem Herzen
Ich gehöre Dir
Sei Du der Mittelpunkt in meiner Schwäche
Der Mittelpunkt in meiner Stärke
Ich gehöre Dir
Ich will Dir nah sein
Ich werd Dir folgen
Mein ganzes Leben in Dir verliern

Letra y música: Juri Friesen & Paula Friesen © 2012 Outbreakband

31 El jardín del Rey

Es impresionante ver fotografías aéreas de la ciudad de Nueva York. Central Park es como un gran oasis verde en medio del mar de rascacielos. Tiene cuatro kilómetros de largo y casi un kilómetro de ancho. Toda gran ciudad tiene sus parques. Descanso, tranquilidad, lugares a la sombra, frutos, refresco, bellezas de colores y aromas, y celebrar fiestas: esa es hasta hoy la quintaesencia de un jardín. De algún modo, eso nos recuerda al paraíso. Reinas y reyes tenían sus jardines y parques, cada uno más hermoso que el otro.

Con un jardín comienza la Biblia. Con una ciudad termina. Pero allí también hay algo así como un Central Park, un jardín urbano paradisíaco.

Al principio se dice que Dios, el Rey del universo, se paseaba por el huerto al aire del día. Evidentemente le gustaba. Se alegraba de lo que él mismo, como el «jardinero divino», había creado y entregado en manos de los seres humanos. A ellos les estaba confiado el cuidado y la protección del jardín.

Miles de años después, Dios se ha hecho hombre. Al final de su vida, Jesús, seguido por sus discípulos, va a un huerto llamado *Getsemaní*. Un olivar. Allí el Rey se retira para una lucha en oración. Sabe que su condena a muerte en la cruz es inminente. En este huerto somos testigos de que se le viene encima algo peor que la tortura física en la cruz. Se trata de hacer posible un Edén nuevo y mejor, un nuevo paraíso para todos. El precio es inmenso. Para ello, nuestro pecado y la muerte tienen que ser quitados de en medio. Él mismo tomará sobre sí el pecado y morirá por él. Eso le resulta infinitamente difícil a él, que era sin pecado. Busca otro camino. Pero no lo hay. En este huerto es entonces arrestado. Comienza su camino de sufrimiento. Termina en la cruz. Y en una tumba.

Esta tumba también estaba en un huerto. María Magdalena había presenciado la crucifixión y cómo luego un hombre lo bajó de la cruz y lo llevó al cercano sepulcro excavado en la roca. A este huerto fue María temprano el domingo por la mañana. Un hombre le sale al encuentro. Ella cree que es el hortelano. Es el «Jardinero» del Edén. El Rey ha vuelto. Resucitado de entre los muertos. Habrá un Edén-paraíso nuevo y mejor. Habitado por innumerables hermanas y hermanos del Rey. Esa es la buena noticia que María puede ahora llevar a los discípulos.

Así como Central Park en Nueva York, así habrá un jardín-paraíso en la Nueva Jerusalén. Por la muerte y la resurrección se ha hecho posible una nueva creación en nuevas dimensiones. Ya ha comenzado. Se consumará en una tierra nueva, en la Nueva Jerusalén. La quintaesencia de la belleza, de la perfección. Allí está el trono de Dios. De él brotará agua de vida y regará el jardín. Allí estará el árbol de la vida y dará fruto abundante. Un símbolo de que allí hay vida y sanidad. Y de que toda sed, sobre todo la sed del alma, será saciada.

Este lugar parece irreal. Pero la Biblia invita varias veces, casi se lo grita al lector, a estar presente en este Nuevo Mundo de Dios. Gratuitamente puede cada uno beber de esta agua viva. Esta es otra imagen del evangelio, de la buena noticia. Da una vida que permanece hasta la eternidad y no tiene que temer a la muerte.

Una cosa más. La Biblia habla del *fruto* del Espíritu. Con ello se refiere a cosas como: amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio. De algún modo, también nosotros hoy, los cristianos, somos el jardín del Rey, donde él busca y cosecha tales frutos. Estos frutos apenas corresponden a nuestro carácter natural. Por eso se les llama también los frutos del Espíritu. Con la ayuda de este Espíritu divino pueden crecer.

Edén, el principio, el ideal, pero también el lugar de la caída y de la ruptura. Getsemaní, donde el Mesías resiste la tentación de rendirse. El huerto-sepulcro, donde la muerte es vencida por la resurrección. Y donde el Rey resucitado se encontró primero con una mujer y le confió el mejor mensaje para sus discípulos. El jardín urbano en la Nueva Jerusalén: Dios ha alcanzado su meta, por medio del Cordero. Allí estaremos entonces en casa – en una patria eterna.

Tened por cierto: el SEÑOR consolará a la ciudad de Sion; de sus ruinas la hará resurgir. Cambiará la tierra asolada en un paraíso; florecerá y será fértil como el huerto de Edén. Allí se oirán alegría y júbilo, y cantaréis himnos de gratitud a vuestro Dios.

Yo, el SEÑOR, os guiaré siempre y en todo lugar; aun en tierra seca os saciaré y os daré mi fuerza. Seréis como un huerto que siempre tiene agua suficiente, y como un manantial que nunca se agota.

Porque como la tierra hace brotar y crecer la semilla, así el Señor, el Dios poderoso, hace crecer nuestra dicha y aumenta nuestra fama entre todas las naciones.

Isaías 51:3; 58:11; 61:11

Génesis 2:8 ss.; Apocalipsis 22:1-5; 22:17; Mateo 26:36; Juan 19:41; 20:1-18; Gálatas 5:16-26.

32 El Jesús político

Un verdadero rey es quien impone su poder real de gobierno. Quien da forma a su Estado, promulga leyes, recauda impuestos.

Si Jesús es un rey, y de eso no hay duda, entonces tiene una pretensión política. Entonces tiene el derecho de llevar la comunidad, la administración y la legislación según su sentir y su voluntad. Esto vale también aunque su reino no sea de este mundo.

Aquí y allá, los cristianos intentan introducir principios cristianos en la política. Ejercer una influencia cristiana. Un fruto fue la abolición de la esclavitud – un avance tremendo.

Hay reyes que se han ido al exilio. O que tuvieron que irse. A veces todavía intentan ejercer influencia por medio de sus fieles seguidores. Parecido y, sin embargo, distinto es el caso de Jesús, el Mesías-Rey. Él mismo se ha retirado; no está presente personal y corporalmente. Aunque su Padre le ha dado toda potestad, en el cielo como en la tierra, no ejerce ningún poder político. Aunque podría hacerlo cuando quisiera. Pero eso no corresponde a su ser, tal como se le conoce en los relatos de los evangelios. Su reino no es como uno de este mundo. Su dominio necesita, por así decirlo, un mundo nuevo. Todo tiene que cambiar. Vino nuevo en odres nuevos ...

A sus seguidores los reúne en la tierra. Ellos obedecen sus mandamientos reales. Al menos lo intentan. No luchan por el poder político. Pero allí donde les es posible, usan su influencia. Defienden y alzan su voz por los derechos humanos, la libertad religiosa y la igualdad de derechos. En contextos pequeños o grandes de la vida pública y de la política.

Pero la pretensión política de gobernar, esa la tiene Jesús en todo caso. Él ocupará el lugar de los reyes, emperadores, presidentes y dictadores. Ellos se irán, él vendrá. Y se quedará.

Precisamente ese es el tema del próximo capítulo.

33 El regreso del Rey de reyes

Quizá usted conozca a Aragorn de la epopeya «El Señor de los Anillos». Un montaraz. No un noble. Su nombre significa «valor real». Él llega a ser, contra todo lo que nadie espera, el legítimo Rey Supremo de Arnor y Gondor tras la victoria sobre Sauron. «El retorno del Rey» se titula el tercer libro de esta epopeya.

Quizá Tolkien, el creador de esta saga, tenía en mente aquello en lo que yo no puedo dejar de pensar. En el obrero de la construcción de Nazaret. En un hombre insignificante del ramo de la construcción que, durante toda su vida, como primogénito, con su padre y sus hermanos, reparaba casas o construía nuevas en las ciudades de Galilea. Ninguna ocupación noble. Sin prestigio. Los últimos tres años de su vida fueron distintos. Todo eso lo hemos visto.

La gente de Israel recuerda a Jesús como un predicador itinerante o rabí que hacía milagros. Después de su resurrección solo lo vieron sus discípulos, ninguna persona que no lo siguiera. Así queda en el recuerdo un crucificado. Hasta aquí, la mayoría de las personas estarían de acuerdo también hoy.

Pero eso cambiará un día de repente. De nuevo todo está dicho con tres palabras: *¡Él vuelve otra vez!* Volverá a nuestro mundo, a nuestro planeta. Un acontecimiento que hará que el mundo se detenga. A menudo y de forma impresionante está descrito en la Biblia. Faltan palabras para describirlo en toda su amplitud. Las personas se quedarán sin habla. De Sídney a Roma, de Pekín a Washington. El telón que nos oculta el mundo invisible, el más allá, se abre. El escenario está libre para el gran día del Señor Jesucristo.

Viene el anhelo de las naciones. Por segunda vez. Ahora visible para todos. Ya no hay discusiones. Ni dudas. Ni burlas. Ha llegado el momento. Algunos dudan de si están soñando. Sí, para unos se cumple un sueño. Para otros, para todos los que niegan a Dios, los que odian a Cristo o los indiferentes, será más bien una pesadilla. Los cristianos han anhelado este día. Su esperanza se cumple. A partir de ahora y para siempre, ningún ser humano tiene ya la última palabra. Solo este único Hombre, el único perfecto y justo, tiene desde entonces, sin restricción, el dominio soberano.



¿*Por qué* vuelve el Rey? ¡Cumple su propia promesa! El padrenuestro, orado miles de millones de veces, es por fin escuchado: *¡Venga tu reino y hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra!*

Viene para llevar a su meta la redención de los seguidores de Jesús. Igualmente, la creación explotada y maltratada anhela este día. Será redimida; el Rey traerá sanidad.

¿Viene el Rey a vengarse? ¿Por su crucifixión? ¿Por el rechazo de tantas personas? No, Jesús no será el «carnicero de Armagedón». Muchas imágenes del Apocalipsis, el último libro de la Biblia, son una ironía, si no incluso una parodia, de todos los reyes del mundo, sobre todo del emperador romano de entonces. Los *seres humanos* se vengan a su manera. Esa venganza no puede ni reparar ni restaurar. La venganza humana se intensifica, casi siempre quiere destruir más de lo que uno mismo ha perdido. De esta venida de Jesús se dice que es un día de venganza. La venganza santa y justa de Dios. Jesús es descrito en imágenes como el Corderito inmolado con la herida mortal. Una mirada retrospectiva a la cruz, a su muerte por la humanidad. Él, que incluso mandó amar al enemigo y no vengarse uno mismo, no vendrá a provocar un baño de sangre. Eso se lo hacen los seres humanos a sí mismos, si las naciones llegaran a emplear sus gigantescos arsenales de armas.

La violencia que obliga ya no será necesaria ante su aparición. En el huerto de Getsemaní bastaron sus palabras, «*Yo soy*», y todos los soldados cayeron a tierra. Todos depondrán sus armas en su gran día. Caerán las armas, también palabras, hechos y convicciones. Para ello no hace falta ninguna guerra; su presencia visible doblará todas las rodillas.

¿*Cómo* vuelve Jesús? Públicamente, de forma visible, imposible de no oír, imposible de no ver, de repente, inesperadamente, dramáticamente, de forma aterradora, con gran poder, glorioso en gran resplandor, desde el cielo, en las nubes, escoltado por innumerables ángeles. Dios mismo viene en la persona de su Hijo Jesús, el Cristo.

Nuestra capacidad de imaginar llega a sus límites. Este acontecimiento apenas puede concebirse. El paso del día a la noche ya no tiene importancia. El tiempo se detiene. Todas nuestras citas y obligaciones han terminado. Nadie nos espera ya. Cada una y cada uno estará entonces enfocado solo en una cosa, en el Rey y en lo que él dirá y hará.

¿*Para qué* vuelve Jesucristo? Cada domingo, millones de cristianos recitan el antiquísimo, y todavía actual, Credo Apostólico:

> *Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios, Padre todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.*

Imagínese: todos los muertos, todas las personas que jamás vivieron, resucitarán. Tanta fuerza creadora explosiva se revela en su regreso.

Por último, la pregunta: ¿*Cuándo* sucederá? Jesús y los apóstoles dijeron que nadie conoce el momento. En parábolas, Jesús señaló que puede tardar mucho. Una razón es que el evangelio del Rey debe haber llegado a las personas en todas partes. Eso empieza a cumplirse.

El tiempo de su venida se describe como un tiempo de tribulación y gran angustia. Las personas estarán desconcertadas por el temor y la expectación de las cosas que vendrán sobre la tierra. Acontecimientos insólitos en el cielo lo acompañarán antes de que llegue el fin.

Si en ese gran día habrá todavía la posibilidad de pedir perdón al Rey, nadie puede decirlo hoy. Pienso en aquellos que nunca se interesaron por él o que incluso lo rechazaron conscientemente. Para todos los que viven hoy vale este apremiante llamamiento:

Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones. Hoy – no mañana – es el día de salvación.

Hoy, millones esperan este día glorioso, que ya estaba predicho incluso en el Antiguo Testamento. La verdadera meta de su vida. Esté usted presente. Póngase del lado de los que saben que él volverá. ¡Aunque nada lo parezca, él lo ha prometido!

Porque el día del juicio de Dios vendrá, tan inesperado como un ladrón. En ese día los cielos se desharán con gran estruendo, los elementos arderán en llamas, y la tierra y todo lo que en ella haya sucedido jamás ya no se encontrará.

Pero Dios nos ha prometido cielos nuevos y tierra nueva. Allí ya no habrá injusticia, porque reina la voluntad de Dios. Este mundo nuevo es el que esperamos.

2 Pedro 3:10+13

Mateo 24:27-30+44; 26:64; Marcos 13:26; 14:62; Lucas 17:24; Romanos 8:18; 1 Tesalonicenses 1:10; 2:19; 3:13; 4:13-18; 5:1-11; 2 Tesalonicenses 1:6-10; 2:8-12; 2 Timoteo 4:1+8; Tito 2:13; 1 Pedro 1:7+13; 4:13; Apocalipsis 1:7; 19:11-16.

34 Qué día tan glorioso

(Canción en su versión original alemana)

Einst, als im Himmel der strahlendste Tag war
Herrschte auf Erden die dunkelste Nacht
Da wurde Jesus als Mensch geboren
Er hat uns Gnade und Wahrheit gebracht
Das Wort wurde Fleisch und das Licht wohnte bei uns
Es scheint in der Nacht

Für uns geboren, für uns gestorben
Er nahm die Sünde der Welt mit ins Grab
Am dritten Tag ist er auferstanden
Einst wird er kommen, welch herrlicher Tag
Welch herrlicher Tag

Dann führten sie ihn hinauf um zu sterben
Ans Holz genagelt, das Kreuz aufgestellt
Der Mann der Schmerzen verachtet, verstoßen, er trug die Sünde
Der Heiland der Welt
Die heilenden Hände sind weit ausgebreitet für unsere Schuld
Am dritten Tag hielt das Grab ihn nicht länger
Weg war der Stein und die Grabkammer leer
Er ist auferstanden, den Tod überwunden
Er fuhr auf zum Himmel, der siegreiche Herr
Er gab neues Leben
Die Schuld ist vergeben, mein Retter ist er
Einst wird er kommen, welch herrlicher Tag
Welch herrlicher Tag, herrlicher Tag
Oh bald wird der Tag seiner Wiederkunft kommen
Bald werden wir ihn in Herrlichkeit sehen
Er wird die Seinen dann ganz zu sich nehmen
Staunend werd ich vor ihm stehen

Für uns geboren, für uns gestorben

Er nahm die Sünde der Welt mit ins Grab
Am dritten Tag ist er auferstanden
Einst wird er kommen, welch herrlicher Tag
Welch herrlicher Tag
Herrlicher Tag
Herrlicher Tag welch herrlicher Tag

Albert Frey

35 El Rey como juez justo

El Mesías-Rey aparece. Ahora está aquí. A cada persona le pasa por la cabeza lo que vendrá a continuación. Todo parece irreal. Las leyes de la naturaleza han quedado sin efecto. Comienza un tiempo nuevo; a todos les ha quedado definitivamente claro.

Como si no fuera ya suficiente que de repente haya desaparecido la línea divisoria entre el mundo visible y el mundo celestial invisible, sucede algo no menos dramático. Los muertos se levantan. Todas las personas que alguna vez poblaron este planeta, de todas las épocas, están de repente ahí. Tan vivas como aquellas que no murieron. Aunque su estatus social era muy distinto, ahora todos son iguales, los emperadores, los reyes, los fundadores de religiones y la gente sencilla, los innumerables soldados, los náufragos, los pobres y los más pobres. Los que murieron de hambre y los asesinados, los esclavos y los libres. Niños, una cantidad inimaginable de niños. Todos los no nacidos, los que fueron matados en el vientre materno, están ahí.

Solo poco a poco todos se dan cuenta de que el Dios que acaba de venir del cielo, Jesús, el Mesías, ha llamado a los muertos de sus tumbas y de todos los lugares donde estaban dispersos. Su voz, que hace mucho tiempo llamó a la tierra a la existencia, llama ahora a los muertos a la vida.

Ha llegado el tiempo del juicio. El Hijo de Dios, Jesús, ha recibido la autoridad para llevar a cabo este juicio. Un hombre que conoce la vida, las tentaciones, las pruebas, los sufrimientos injustos. Todos serán reunidos delante de él. Cada uno estará solo frente a él. Ningún despacho en masa, ningún juicio rápido. Cada momento, cada hecho, cada pensamiento, cada motivo y cada palabra serán examinados. Cada uno mirará a los ojos a su propia vida. Y a lo que hizo a otros. Y sentirá lo que sintieron aquellos que fueron víctimas.

Cómo será eso posible con tantas personas y sus años de vida, nadie puede decirlo. El cielo no necesita discos duros en los que todo esté almacenado. Delante de nosotros estará el Omnisciente. Que conoce nuestros pensamientos y emociones.

¿Le tranquiliza eso? ¿Saberlo todo sobre uno mismo? ¿Volver a verlo o incluso a vivirlo?

Este juicio tiene que existir. La justicia tiene que ser restablecida. Tanto los culpables como las víctimas necesitan justicia. Ningún tribunal humano puede lograrlo. Por eso el Juicio Final, como a menudo se le llama, es también parte irrenunciable de la esperanza cristiana. Todo sale a la luz. Todo será juzgado según la medida de Dios y puesto en su justo lugar. Lo que hicieron individuos, grupos, pueblos.

Jesús será incorruptible. No hará acepción de personas. Lo que fue pecado seguirá siendo pecado. Lo que fue bueno, él lo alabará. Ante este Juez, las personas tendrán que reconocer su pecado y lo sentirán profundamente como tal. Y recibirán la sentencia del Juez.

El Juez mismo murió por los pecados de los seres humanos. Él es la propiciación por nuestros pecados. No solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo. En este juicio, el Juez no está contra nosotros, está a nuestro favor. A favor de todos los que han creído. Aun así, una cosa no contará ese día para aquellos que han oído o leído el evangelio. Nuestras buenas obras por sí solas – si es que las hay – no nos salvarán. Si esperamos haber sido buenas personas, entonces hay un problema. Quien apela a eso, a su buena vida, tendría que presentar, según la medida de Dios, una vida *perfecta*. Quien apela a los mandamientos de Dios no tendría que haber guardado solo uno, sino todos. Sin embargo, las obras que hicimos tienen gran importancia; desempeñarán un papel importante.

Pero ¿qué ayudará allí? ¿Qué es lo que cuenta?

La pregunta será qué relación tenemos con Cristo, el Rey. La neutralidad no existe. Jesús mismo lo resume así: *El que no es conmigo, contra mí es*. Dicho de otro modo: ahora, no solo entonces, aquí y hoy hay que aclarar quién es Jesús para nosotros. Este Rey se abaja hasta nosotros y ofrece perdón. Si uno oye de la muestra de gracia del Rey y la deja de lado, ¿qué querrá decir aquel día, cuando todo salga a la luz? ¿Cuando todo lo injusto, pecaminoso y egoísta de nuestra vida se interponga entre nosotros y el Rey?

Allí habrá también personas que nunca oyeron hablar de Jesús y que vivieron antes de su tiempo. Cómo trate Jesús con ellas, eso puedo dejarlo tranquilamente a su gracia y su justicia divinas. Pero los que oyeron de él y pensaron que todo eso no era relevante o era una fábula – con ellos no tendrá un buen desenlace.

Por misericordioso que sea este Rey, no obligará a nadie a servirle. Cuando la Biblia habla del infierno, lo hace como de un lugar donde no hay que servir a este Rey. Pero el Rey no es uno cualquiera. Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Es el centro de todo lo que existe. De todo ser bueno. Separado de él, el ser nunca será bueno. Por eso, quien pueda, que haga hoy su elección.

Porque el SEÑOR es nuestro juez, el SEÑOR es nuestro legislador, el SEÑOR es nuestro Rey. Él mismo nos salvará.

Isaías 33:22

El dominio crecerá y crecerá, y la paz no tendrá límite sobre el trono de David y sobre su reino; lo afirmará y lo sostendrá con derecho y con justicia, desde ahora y para siempre. El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto.

Isaías 9:7

Salmo 36:6; 76:8; 89:14; Eclesiastés 12:14; Isaías 5:16; 9:7; Daniel 7:10+22; Malaquías 3:5; Mateo 12:36; 25:31-46; Lucas 20:47; Juan 5:22-30; Romanos 2:5; 14:10-12; 2 Tesalonicenses 2:12; Hebreos 9:27; 1 Pedro 4:17; Apocalipsis 20:11-15.

36 Reinado eterno

¡Jesús reina! En eso confían todos los seguidores de Jesús. Pero ¿cómo es ese gobierno? El mundo y su desarrollo, lo que hacen los gobiernos, cómo se comportan entre sí, cómo son perseguidos los cristianos, todo eso continúa. ¿Reina ya ahora o solo cuando haya venido?

La intervención de Dios en nuestro mundo puede entenderse con las palabras *ya, pero todavía no.* En otras palabras: la suerte está echada. La victoria del Gólgota es el Día D, el día de la decisión. Así se llama el día en que, el 6 de junio de 1944, los aliados desembarcaron en Normandía. Aquello fue el *principio del fin* del Tercer Reich. La salvación de Dios para los seres humanos y la creación la llevó a cabo Jesús aquel Viernes Santo en Jerusalén. Ese es el principio del fin de este mundo pasajero, herido y mortal. También el fin de los poderes de las tinieblas, enemigos de la vida. Todavía hay poderes oscuros, ángeles caídos y demonios, que seducen y esclavizan a las personas e impiden su salvación dondequiera que pueden.

La redención se realizará plenamente en las personas y en la creación cuando Cristo vuelva. Ahora vivimos todavía en un tiempo intermedio. Entre el Día D y el Día V. El Victory Day, el día de la victoria, llegará cuando toda enemistad haya sido vencida. Cuando la victoria de Dios tenga la última palabra.

Jesús, el Mesías-Rey, reina ahora en su pueblo. Poder lo tendría también sobre todas las personas. Sobre la política mundial. Pero su meta no es asumir el dominio mundial sobre el mundo *tal como es ahora.* Quiere ganar a personas que le reconozcan y le acepten.

Con su venida, visible para todas las personas, comienza el nuevo dominio mundial. En él participan todos los que le honran y están preparados para su gobierno. Todos los imperios del mundo pasan; el suyo permanece para siempre. Un mundo nuevo, un tiempo nuevo comienza cuando él venga. Si habrá un proceso de restauración o un cambio radicalmente breve de lo viejo a lo nuevo, eso todavía no lo sabemos.

Se cumplirán las esperanzadoras promesas que han animado a las personas en días oscuros:

«Porque un niño ha nacido, ¡el futuro Rey nos ha sido dado! Y estos son los nombres de honor que se le dan: Soberano prudente, Héroe poderoso, Padre eterno, Príncipe de paz.
Su poder llegará lejos y vendrá una paz duradera. Reinará sobre el trono de David y su dominio permanecerá para siempre, porque se atiene al derecho de Dios. El Señor, el Soberano del mundo, así lo ha decidido y lo hará.»

¡El trono de David vuelve a estar ocupado! Con el cautiverio babilónico había terminado la sucesión real. No había ni trono ni rey en Israel. Pero existía esta promesa al rey David:

«Yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. ¡Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo!»

Para los Doce, los apóstoles, quedó claro con la ascensión del Mesías que ahora el *trono de David* está ocupado por el Príncipe eterno, Jesús. Este ha sido instituido por Dios como Señor y Cristo. El pacto de Dios con David se ha cumplido. Para Israel. Todo sucede todavía en Jerusalén e Israel. Las misericordias fieles de David son las legítimas expectativas de este pueblo. Pero sucede algo asombroso. El trono de David ya no está en la Jerusalén terrenal. El trono está en el corazón de todo lo que existe, junto a Dios. Ya no es un reino *terrenal* dentro de las fronteras de un gran imperio de Israel. Los apóstoles, también Pablo, se dan cuenta de que se trata de un reino *celestial*. Un reino que no vale solo para Israel, sino para todo el mundo.

Primero viene lo terrenal, después lo celestial. Esto último es mayor y más glorioso. Una Jerusalén celestial en una tierra nueva será la patria de todos los creyentes. Esa es la quintaesencia del reinado eterno de Jesús, el Hijo de David. Aquí se cierra el círculo en el cumplimiento inesperado y distinto de la promesa a David.

Este reinado universal de Jesús, en su dimensión inimaginable, todavía no podemos verlo ni vivirlo. Pero un día llegará el momento. Cuando llegue su tiempo. Lo que, por tanto, reconocemos ya ahora por la fe, con los ojos del corazón, es esto: Jesús, que en su vida terrenal vivió como hombre en humildad. Que sufrió la muerte por todos y gustó toda la amargura de una muerte violenta como sacrificio por nuestro pecado. Por todos nosotros. Para que así la gracia

de Dios beneficie a toda la creación. Y por eso, porque hizo lo imposible, se dejó crucificar y murió, ahora está revestido de la gloria y la honra de Dios, sí, coronado con la corona de victoria de la gloria.

Con este Hijo de David ha terminado el antiguo cómputo del tiempo. Seguimos a nuestro Rey a su reino eterno, donde nos esperan nuevas aventuras.

Le fue dado dominio, gloria y reino, y los hombres de todas las naciones, pueblos y lenguas se sometieron a él. Su dominio es eterno y no pasará; su reino nunca tendrá fin.

Daniel 7:14

Entonces el SEÑOR será rey sobre todos los pueblos de la tierra. En aquel día solo él será Dios, solo a él orarán las naciones.

Zacarías 14:9

Y hubo grandes voces en el cielo, que decían: El reino del mundo pertenece ahora por completo a nuestro Señor y a su Mesías, ¡y él reinará por los siglos de los siglos!

Apocalipsis 11:15

Salmo 22:28; 45:6; 145:12-13; Isaías 9:7; Daniel 2:44; 4:3; 7:27; Mateo 6:10; 25:34; Lucas 1:33; Hechos 2:30; Romanos 14:9; 1 Corintios 15:24; Efesios 5:5; 1 Tesalonicenses 2:12; 2 Timoteo 4:1+18; Apocalipsis 11:15; 12:10; 22:5.

37 La gracia y el don del Rey

La palabra gracia apenas aparece en nuestro lenguaje cotidiano. Nosotros y nuestro sistema jurídico insistimos en el derecho. La gracia significaría no insistir en el propio derecho. Queremos entender qué significaban la gracia y el don en la Antigüedad, en tiempos de Jesús y de los apóstoles.

Hay distintas palabras para gracia y don. Pero el concepto central en el Nuevo Testamento es la palabra griega *cháris*. Tiene un amplio espectro de significados: favor, benevolencia, buena voluntad y cuidado misericordioso, así como la muestra de ese favor y ese cuidado, por ejemplo un acto de gracia o, uniendo ambas palabras, un *don de gracia*. Los regalos de los benefactores son actos de *cháris*.

En la Antigüedad, la gracia o el don tenían una función que impregnaba toda la sociedad en todas sus capas sociales. El intercambio de regalos o favores nunca ocurría sin segundas intenciones. Si alguien necesitaba dinero para ampliar su negocio, no le costaba solo un interés. La condescendencia de un patrón creaba una obligación mutua, pero no expresada. A todo receptor de una gracia o de un don al que no tenía derecho, esto lo colocaba en una relación de dador y receptor. Quizá el receptor nunca pudiera devolver un don del mismo valor, pero al menos podía darle su voto cuando se presentara la ocasión. Sí, el «sistema» recíproco de gracia y don era sumamente corrupto. Con regalos se compraba a la gente para los propios intereses. Y todos lo sabían.

Una vez más, para nosotros hoy: una gracia era un don que alguien podía regalar soberanamente. Pero el receptor contraía con ello una obligación. Eso lo sabía el dador, y podía pensar luego cuándo era el momento oportuno para exigir una contrapartida. Mediante la gracia o el don surgía una especie de relación de dependencia. Un poquito sigue siendo así hoy. Si recibimos un regalo, y además uno especial, en la siguiente ocasión haremos un regalo a cambio. Sentimos precisamente cierta obligación de hacerlo.

Vengamos a Jesús. De él dice Pablo la palabra inconcebible:

> *Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, en qué se ha mostrado: que siendo rico, se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.*

Jesús, el Rey del universo, que llamó todo a la existencia, a quien todo pertenece, hace dos cosas controvertidas: da a *todos*. Sin distinción. Y regala con una *generosidad* extravagante. Eso no correspondía a la cultura de entonces. Tampoco a la de hoy. Hacerse pobre uno mismo y regalarlo todo para que otros se hagan ricos. Dárnoslo a nosotros, eso es gracia. Inmerecida. Nuestra pobreza conmovió su corazón.

El sentido de la gracia en la Antigüedad tiene también sentido en el rey Jesús. Por medio de su don quiere crear una relación. Precisamente eso expresa con su gracia. Una comunión no forzada. Una comunión en la que nosotros devolvemos algo. Es mucho menos de lo que hemos recibido. Pero nuestro corazón, nuestra vida, debe pertenecerle a él. Nuestro voto debe recibirlo él. En un mundo que todavía, en su mayoría, lo rechaza.

Su don de gracia nos trae mucho. Quiso hacernos ricos, y así ha sucedido. Aquí solo una fracción de lo que se nos ha regalado y se regala a cada uno que recibe a este Rey: perdón, absolución, redención, vida eterna, liberación, santificación y libertad.

Nuestra respuesta es que no podemos hacer otra cosa que entregarle nuestra vida. Consagrársela. Cada día de nuevo.

La palabra don de gracia se usa en el Nuevo Testamento, esto solo como complemento, para describir las capacidades dentro de la iglesia que regala el Espíritu Santo. Dones sobrenaturales como la enseñanza, las sanidades, las profecías y el hablar en lenguas, los milagros y el discernimiento de espíritus. Son regalados para ser empleados al servicio del reino de Dios.

Porque la gracia salvadora de Dios se ha manifestado, y es para todos los hombres.

Tito 2:11

Juan 1:14.16+17; Romanos 3:24; 5:15-16; 6:23; 12:1-3; 11:29; 1 Corintios 12:4-11; 2 Corintios 6:1; 8:9; Efesios 2:5; 2 Timoteo 1:9; Tito 2:11; 3:7; Hebreos 2:9.

38 La esposa del Rey

¿Por quién se interesa un rey así, que lo posee todo y gobierna sobre todo? ¿Qué puede atraer su corazón? ¿Quién podría darle algo? ¿Qué podría ser para él tan atractivo y tan digno de amor que se pusiera en camino para poseerlo?

La Biblia describe a Dios como esposo. Eso es extraordinario, porque presupone que ha deseado una esposa. Dios como esposo describe que no quiere estar solo, sino que busca comunión.

Él mismo creó al hombre y a la mujer a su imagen. Ambos debían llegar a ser una sola carne y formar una unidad inseparable y una comunión de amor. Y así lo vivimos los seres humanos, no todos, pero muchos. Y así podemos atrevernos a sacar una u otra conclusión sobre la relación de Dios con su esposa. En el antiguo pacto, Dios, Yahvé, contrajo una relación matrimonial con Israel. La esposa no es una persona, sino el conjunto de muchas personas.

En el nuevo pacto, la esposa no es un solo pueblo. La esposa es ahora una asamblea de todos los pueblos y naciones. La amada no es *una* persona, como el esposo. La esposa es una metáfora de todos los seguidores de Jesús. Igualmente de todos los creyentes que vivieron antes de que Jesús viniera. Es decir, la multitud entera y reunida de todas las personas que aman a Jesús, el Rey y Esposo. ¿Qué comparación podría describir mejor el amor que esta de la esposa y el esposo?

Para poseer a esta esposa, para ganar su corazón, demostró su amor. Se entregó por ella, a la muerte en la cruz del Gólgota. No dejó surgir ninguna duda de si lo decía en serio. Quería tenerla a toda costa, al precio de su vida.

¿Qué encuentra el Rey tan atractivo en nosotros? Los reyes de la Antigüedad se casaban según su rango. Así sigue siendo hoy. Pero son las excepciones las que resultan sensacionales. Cuando un rey toma por esposa a una mujer sencilla, o incluso a una esclava. Nosotros no éramos dignos de amor. No nos interesábamos por Dios ni por su Hijo. Nos comportábamos como enemigos de Dios. Nuestra historia es incomprensible. Él vio en nosotros algo por lo que valía la pena morir. Morir con el riesgo de que no correspondiéramos a su amor y lo rechazáramos.

Muchos pertenecen ya hoy a esta esposa. Pero a muchos todavía los espera.

Él es un esposo y marido verdaderamente ejemplar. Cuida a su esposa. Actúa como un esclavo y la lava para que sea pura y perfecta. Este lenguaje figurado deja claro que esta relación de amor es auténtica y lo seguirá siendo. Tan estrecha es esta relación que, como al principio Adán y Eva, también Cristo y la iglesia son una sola carne. Él es la cabeza, que ama y provee, y ella es el cuerpo, su cuerpo. Juntos forman un solo hombre. Este cuerpo es lo que le faltaba a Cristo y lo que ahora lo hace perfecto para siempre. Todo esto es lenguaje figurado, pero expresa con precisión cuán grande, cuán profundo, auténtico y resuelto es el amor del Cristo. Amar a un esposo así, saberse seguro junto a él, no puede ser difícil.

La esposa se pondrá un día, cuando comience la fiesta, su vestido de boda. Es interesante que estará hecho de las buenas obras que los cristianos han realizado en su vida. Así, este vestido está en proceso de confección, y todos colaboran en él.

Del canto de bodas del rey en el Salmo 45:

¡Rebosa mi corazón palabra buena! Sí, al rey dedico mis obras.

Y el rey deseará tu hermosura, porque él es tu señor: ¡inclínate ante él!

Salmo 45:1+11

Salmo 45; Isaías 61:10; 62:5; Mateo 22:2-12; Marcos 2:19+20; Juan 3:29; 2 Corintios 11:2; Efesios 3:18+19; 5:25-30; Apocalipsis 19:7-9; 21:2+9+17.

39 La fiesta de bodas del Rey

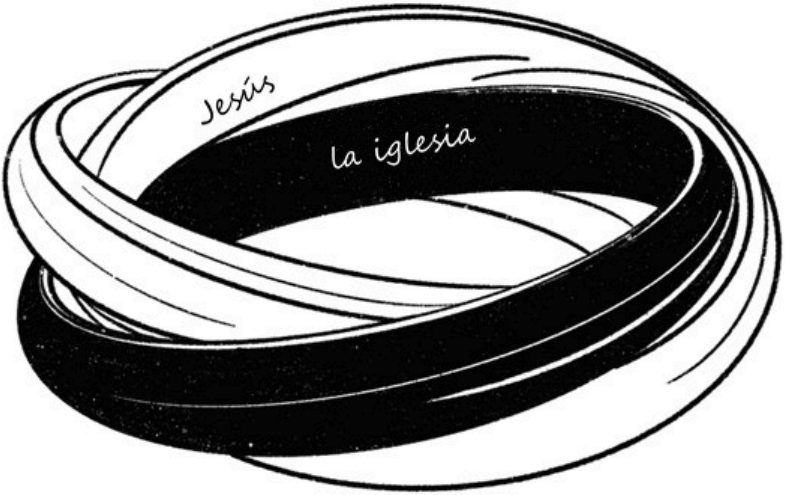
Me encantan las bodas. Sobre todo en primavera y en verano, cuando hace calor. Cuando el ambiente está embriagado y la alegría llena el aire de la tarde. Sobre todo cuando soy simplemente un invitado que solo tiene que celebrar, comer, beber, conversar y reír. Los novios han anhelado este día desde hace mucho. Cuando por fin llega, pasa rápido por toda su belleza. Uno quisiera retenerlo, seguir celebrando y no solo disfrutar del recuerdo.

El Rey, del que ya hemos oído mucho, también él espera una fiesta de bodas. Y tan grande y glorioso como es el Rey, así de grande y gloriosa será la boda. Verdaderamente una fiesta cósmica. El cielo contiene el aliento cuando el Rey recibe a su esposa. Olvide todas las bodas (reales) que haya vivido hasta ahora o visto en la televisión. También la de Aragorn y Arwen en el castillo sobre la montaña en Minas Tirith. Se representa en una escena de película inolvidable para mí. Inspira un poco cuando pienso en el futuro.

Sí, aquí cabe esperar la emoción más profunda. Aquí arde el fuego del amor. Aquí ambos olvidan el mundo a su alrededor. Porque ahora por fin ha llegado la fiesta. La espera ha terminado.

La condición para esta boda será que el Todopoderoso haya asumido el dominio mundial. Toda enemistad ha terminado. Nada podrá jamás perturbar ni poner en peligro esta boda. El tiempo y el lugar del banquete de bodas pueden elegirse libremente. Ningún lugar es demasiado caro. No, nada será lo bastante bueno.

Imaginémonos una fiesta alegre, una celebración con miles de millones que festejan desenfrenadamente. Sin cansarse. No me pregunte cómo será eso posible. No me preocupo por ello. El que invita es el Todopoderoso, el Creador de todas las cosas. En esta fiesta veremos que él es el inventor de la alegría, de la celebración y del júbilo.



La tierra hecha nueva será el lugar de la celebración. En toda su belleza, tal como ya la conocemos ahora. Pero ahora completamente renovada y restaurada. Hecha nueva. Y luego hecha aún más hermosa, porque para él lo valemos. Él prepara el lugar para esta fiesta. Lo limpia todo y lo adorna todo, a su manera, en la que se hace visible su amor.

La Biblia describe esta fiesta futura más de una vez. Me ha llamado la atención que no he podido encontrar un final de esta celebración. Lo que está claro es que esta fiesta no termina después de un día o, como en el Oriente Próximo, después de una semana. Entonces el tiempo ya no importa.

En otra comparación, Jesús habla de esta fiesta de bodas. Muchos son invitados. Pero hace falta un traje de boda. Sin él, uno llama enseguida la atención y lo echan. ¿Cómo se consigue un traje de boda? En sentido figurado dice una palabra de la Biblia: «Ellos – los invitados a la fiesta – han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.»

Nuestro vestido, con lo cual se quiere decir figuradamente toda nuestra vida, está bastante sucio en algunos lugares, inadecuado para la luz y la gloria de la fiesta de bodas del Rey. Pero él murió por nosotros para que quedemos libres de nuestros pecados. Para hacernos puros, así como él mismo es puro. La esposa y el esposo resplandecen en un blanco brillante. Nada en esta fiesta recuerda

nuestro pasado oscuro y dudoso. Solo las heridas del esposo, en las manos, en los pies y en el costado. Estas pruebas de su amor siguen siendo un recuerdo eterno.

Es verdad que el Rey, hoy y ahora, todavía invita realmente a la futura fiesta de bodas. Ha enviado a su gente para invitar. Y a todos, sin ningún privilegio ni ventaja. A todos, a los pobres y a los ricos, a los fuertes y a los débiles, a los solitarios y a los sociables, a los enfermos, a los pecadores, a los desesperados, a los olvidados, a los que miran atrás a su vida y no encuentran en ella nada bueno o solo muy poco.

Como un joven se une a su muchacha, así se unirá para siempre contigo tu Creador. Como el esposo se goza con la esposa, así se gozará contigo tu Dios.

Isaías 62:5

Isaías 61:10; 62:5; Mateo 22:2-12; 2 Corintios 11:2; Efesios 5:25-30; Apocalipsis 19:7-9; 21:2+9+17.

(Canción en su versión original alemana)

You're my friend
And You are my brother
Even though You are a King
I love You more than any other
So much more than anything
Du bist mein Freund
Und Du bist mein Bruder
Obwohl Du ein König bist
Ich liebe Dich mehr als jeden anderen
So viel mehr als alles andere
Du, o Herr, bist mein Freund und Bruder, du mein König und mein Gott!
Dich begehre ich mehr als alles, so viel mehr als höchstes Gut.

40 Reinarán sobre la tierra

En este libro se ha tratado del Rey de reyes. No en primer lugar de nosotros, los seres humanos. Pero eso apenas se puede separar. ¿Se acuerda usted del principio del libro? Sí, Dios creó a los seres humanos a su imagen para que gobernaran sobre la tierra. Pero todo eso fracasó por completo. Todavía hoy. El verdadero Rey vino para levantarnos de las ruinas, de los añicos y del polvo. Y para instituirnos de nuevo como reyes. Es increíble, pero cierto. Dios llega a su meta con nosotros. Con todos los que vienen a él. Que reconocen que necesitan perdón, rescate y sanidad.

Dios quiere reunirnos, como sus reyes, con el Rey de reyes, su Hijo. Eso le valió un precio muy alto:

> *... y de Jesucristo, el testigo digno de confianza de la verdad, que resucitó el primero de entre los muertos y ahora reina sobre todos los reyes de la tierra.*
> *Al que nos ama y nos ha liberado de nuestros pecados con su sangre, al que nos ha hecho corregentes, reyes en su reino y sacerdotes para su Dios y Padre,*
> *a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos.*

Así entrarán en la eternidad los que confiesan a Jesús, guiados por su Rey. Se asombrarán. Es mejor, más rico y más dichoso de lo que habían soñado. El seguimiento detrás de Jesús valió la pena. Su fidelidad y su lealtad serán recompensadas. Aun así: su dicha eterna es y sigue siendo inmerecida. Esta dicha está abierta a todos.

Pero antes de llegar al final, todavía esto: ¡los que pertenecen a Jesús son reyes y sacerdotes *ya ahora*! Pero ¿cómo gobiernan? ¿Tienen influencia en los acontecimientos del mundo? ¿O deben intentarlo?

Para su vida personal vale la extraña palabra de que reinan como reyes en su propia vida personal. El pecado es el enemigo. El pecado como fuerza destructora que alarga la mano hacia toda vida para poseerla, separarla de Dios, cargarla. Pero este poder ha sido quebrantado por la muerte y la resurrección del Rey al que pertenecemos. El pecado no tiene por qué gobernarnos; nosotros podemos y debemos dominarlo, quitarle espacio y posibilidades, no dejarlo desarrollarse. El Espíritu de Dios es la fuerza viva en nosotros.

Cuando esto se logra, tiene una influencia, un efecto en nuestro entorno. Como reyes no tomamos el poder político. Pero donde se comete injusticia, decimos lo que es. Y la detenemos donde existe la posibilidad. Estamos del lado de los olvidados y oprimidos, de los hambrientos y desesperanzados, igual que lo hizo el Mesías en su vida.

Influencia sobre el mundo y los acontecimientos del mundo la tenemos como sacerdotes reales de una forma que podría llamarse conspiración. ¡Una conjura secreta! Un complot sin violencia. No para derrocar, sino para el éxito y para hacer retroceder la injusticia, el hambre y las sequías en el mundo. A favor de lo uno y en contra de lo otro pueden los cristianos interceder *ante su Rey*. La oración, la intercesión, es una forma de gobierno que es invisible, pero que se hace visible allí donde el Rey escucha la oración. Quien se ejercita en ello está en el programa de formación para el futuro, cuando Jesús, y nosotros con él, reinaremos.

Los seguidores de Jesús son también sacerdotes ungidos. Llamados a bendecir. Como sacerdotes reales. Llevan la bendición de Dios al mundo. Para todas las personas. Bendicen en el nombre del Rey y ponen en la oración su nombre sobre las personas. No solo hablan bien a otros y de otros, sino que traen sobre ellos la gracia de Dios. También sobre animales, sobre casas, sobre familias, sobre gobiernos. Sencillamente sobre todo lo que necesita gracia y bendición. La presencia de Dios puede hacerse real, perceptible y visible por medio de la bendición. En amor, santidad, sanidad, éxito, rescate y liberación.

Sin embargo, la oración, la intercesión y la bendición no son un pretexto para no levantarse de forma activa y con compromiso en el lugar contra la injusticia y la discriminación allí donde es posible y necesario.

Y no participéis bajo ninguna circunstancia en ninguna obra que proceda de las tinieblas y que por eso no da buenos frutos. ¡Antes bien, desenmascarad tales obras!

Efesios 5:11

Romanos 5:17; 1 Timoteo 2:1-7; 2 Timoteo 2:12; 1 Pedro 2:5-9; Apocalipsis 1:5-7; 5:9-10; 22:5.

Para terminar, una vez más sobre Jesús, el Rey: él es el regente que representa a Dios ante los seres humanos.

Jesús nació como Rey de los judíos; Mateo 2:2.

Jesús proclamó el reino de Dios; Mateo 4:17.23; 12:28.

Jesús demostró su pretensión de dominio sobre el mundo visible e invisible, aunque todavía no la realizó definitivamente; Mateo 12:28; Lucas 19:38; Juan 1:49; pero también: 6:15.

Jesús reina sobre su iglesia y la autoriza para el servicio; Mateo 28:18; Efesios 1:19-22.

Jesús restablece el reino de David; Hechos 15:15-17; Amós 9:11-12.

Jesús vuelve como Rey victorioso y universal; 1 Corintios 15:25.

Él posee todo el poder (Mateo 28:18); gobierna un reino invisible y espiritual (Juan 18:36.37) y más tarde gobernará visiblemente sobre toda la tierra: Salmo 66:4; 72:16-19; Isaías 2:2; Daniel 7:13.14.18.22.27; Hebreos 10:13; Apocalipsis 15:4.

Oh, if there's only one song I can sing, When in His beauty I see the great King, This shall my song in eternity be, "Oh, what a wonder that Jesus loves me!"

Oh, si hubiera una sola canción que pudiera cantar, cuando vea al gran Rey en su hermosura, entonces esta será mi canción por toda la eternidad: «¡Oh, qué maravilla que Jesús me ame!»

Otros libros del autor

Und die Toten leben doch (Y sin embargo los muertos viven), Bielefeld, 1992

Seitenwechsel – Von Adam zu Christus (Cambio de bando – De Adán a Cristo), Bielefeld, 2011

Entrückung, Himmel, Ewigkeit – Ein neuer Blick auf alte Themen (Arrebatamiento, cielo, eternidad – Una mirada nueva a temas antiguos), Núremberg, 2015

Gottes Lamm, Golgota und die Ewigkeit (El Cordero de Dios, el Gólgota y la eternidad), Wuppertal, 2015

Fantastische Himmelwelt, Lehre und Leben der Himmelwelt im Epheserbrief (El fantástico mundo celestial – Doctrina y vida del mundo celestial en la carta a los Efesios), Núremberg, 2016

Gott spricht, Eine erklärende Übertragung der allgemeinen Briefe und der Offenbarung (Dios habla. Una traducción explicativa de las cartas generales y del Apocalipsis), Sulzberg, 2017

Epheser, nacherzählt, erklärt für heute (La carta de Pablo a los Efesios – Narrado, explicado, para hoy), Sulzberg, 2018

God's good Gospel, Gottes gutes Evangelium (El buen evangelio de Dios), Sulzberg, 2019

Markus, nacherzählt, erklärt für heute (El Evangelio según Marcos – Narrado, explicado, para hoy), Sulzberg, 2019

Galater, nacherzählt, erklärt für heute (La carta de Pablo a los Gálatas – Narrado, explicado, para hoy), Sulzberg, 2020

Die Briefe des Johannes, nacherzählt, erklärt für heute (Las cartas de Juan – Narrado, explicado, para hoy), Sulzberg, 2020

Frauen, vergebt uns! – Die Rolle von Frau und Mann (¡Mujeres, perdónennos! – El papel de la mujer y del hombre), Sulzberg, 2020

Frauen, vergebt uns! – Mann und Frau in Ehe und Gemeinde, Kurzversion (¡Mujeres, perdónennos! – Hombre y mujer en el matrimonio y en la iglesia, versión breve), Augsburgo, 2022

Otros textos en: www.hans-joerg-ronsdorf.de

Los libros pueden obtenerse a través del autor o en librerías, muchos también como libro electrónico en Amazon.

hj-ronsdorf@t-online.de o 08376 929643